

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 13° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento



**INSTITUTO ELECTORAL
CIUDAD DE MÉXICO**

CONSTRUYENDO DEMOCRACIA



CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

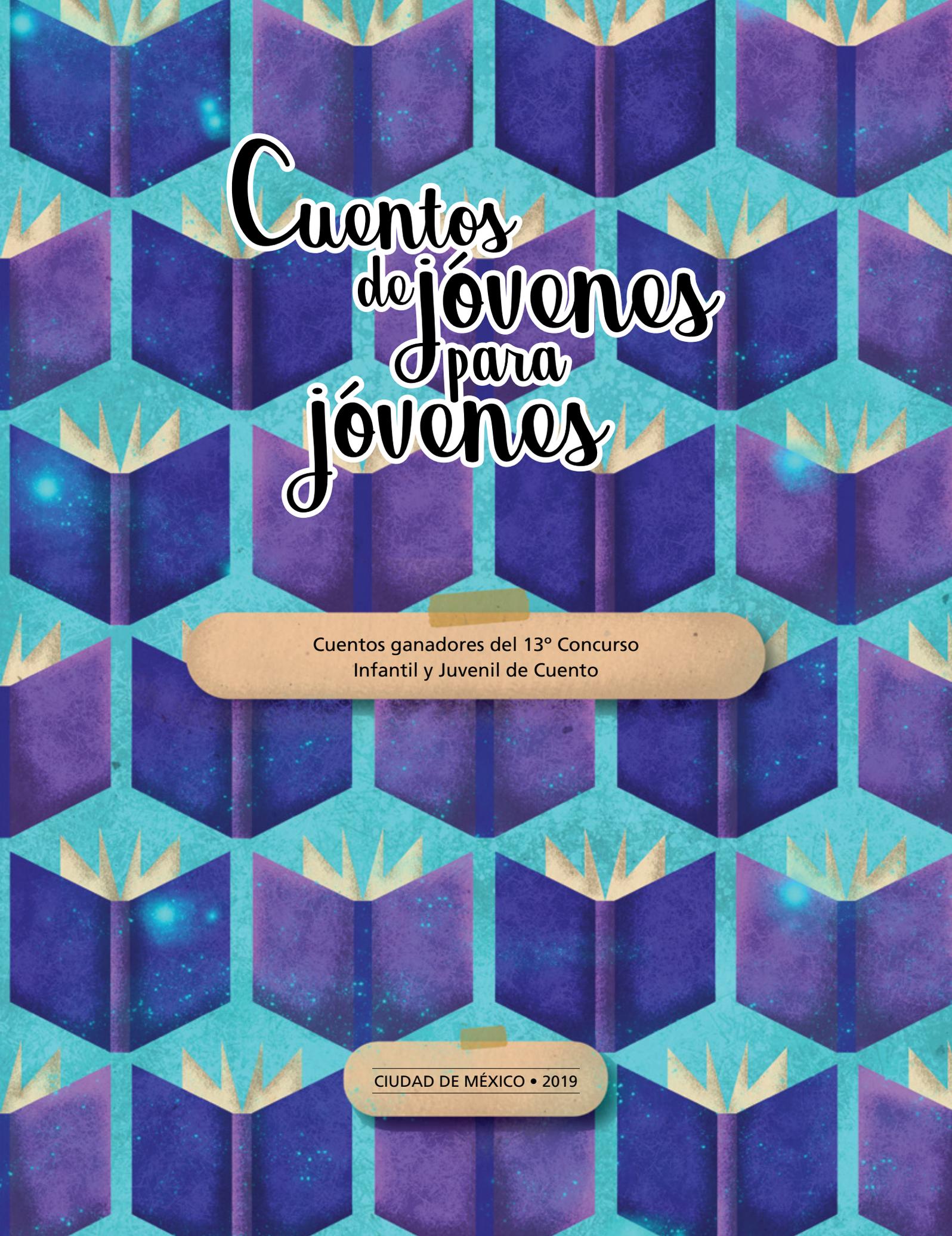
Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda
Consejeras y consejeros electorales: Myriam Alarcón Reyes
Carolina del Ángel Cruz
Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Mauricio Huesca Rodríguez
Bernardo Valle Monroy
Gabriela Williams Salazar
Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: José Manuel Delgadillo Moreno, propietario
Ámbar Reyes Moto, suplente
Partido Revolucionario Institucional: René Enrique Vivanco Balp, propietario
Gerardo Iván Pérez Salazar, suplente
Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario
Yasser Amaury Bautista Ochoa, suplente
Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente
Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario
Dafne Rosario Medina Martínez, suplente
Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente
Morena: Julio César Garrido Carranza, propietario
Juan Romero Tenorio, suplente

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios del Congreso de la Ciudad de México

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López
Jorge Triana Tena
Partido Revolucionario Institucional: Armando Tonatiuh González Case
Partido de la Revolución Democrática: Valentín Maldonado Salgado
Partido del Trabajo: Leonor Gómez Otegui
Circe Camacho Bastida
Partido Verde Ecologista de México: Teresa Ramos Arreola
Alessandra Rojo de la Vega Piccolo
Morena: Donají Ofelia Olivera Reyes
Asociación Parlamentaria
del Partido Encuentro Social: Fernando José Aboitiz Saro
Miguel Ángel Álvarez Melo



Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 13° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

CIUDAD DE MÉXICO • 2019



DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA
Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autores

Sofía Sánchez Delfín, Fernando Hazael Guerrero Villalba, Néstor Solís Carrillo, Shakti Natalia Crosthwaytt Bonilla, Julieta Regina León Marín y Samuel Lechuga Gutiérrez

Jurado calificador

Coordinadora: Roxanna Loraine Erdman Lango

Integrantes del jurado: Teresita del Niño Jesús Quintanilla D'Acosta, Nelly Carrillo Castañeda, María de los Ángeles Trujillo Guerrero, Gabriela Vanessa Damián Miravete, Juan Pablo Ballesteros Maldonado, Ludwing Darío Yee Cota, Luis Eduardo Errasti Gutiérrez, Carlos Alejandro Gálvez Cabrera, Luis Enrique Jiménez Cruz, Rolando Michel Gómez Rangel, Abraham Rodríguez Pureco, María Esther Pérez Feria, Gisela Guadalupe Santibáñez Calderón, Erick Omar Lee Meneses

Edición

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, jefe de Departamento de Diseño y Edición

Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Corrección de estilo: Ricardo Raúl Benítez Estrada, técnico especializado "C"

Ilustración: Belém Peña Muñoz

Primera edición, noviembre de 2019

ISBN: 978-607-8605-23-1

D.R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, Tlalpan,
14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores(as).

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-8605-40-8

Índice

Segunda categoría
(De 12 a 14 años)

Lo que de verdad importa 7

Sofía Sánchez Delfín

El nuevo comienzo 19

Fernando Hazael Guerrero Villalba

Anécdotas futuras 29

Néstor Solís Carrillo

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

Urbana Posterum 45

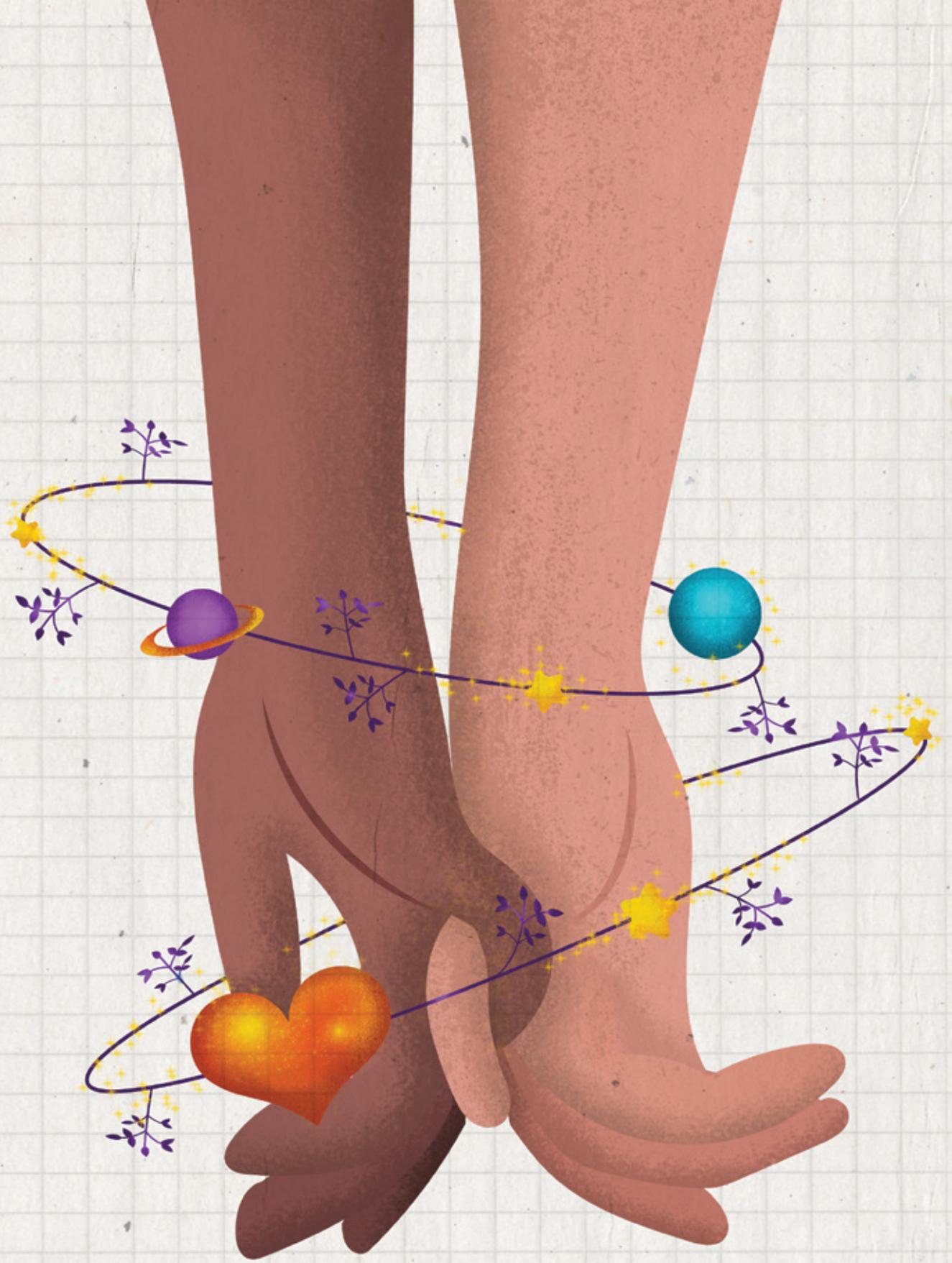
Shakti Natalia Crosthwaytt Bonilla

El encuentro de dos Méxicos 59

Julieta Regina León Marín

La tenacidad de Hugo 69

Samuel Lechuga Gutiérrez



Segunda categoría
Primer lugar

Lo que de
verdad
importa

Sofía Sánchez Delfín



vive
CD

visita
HIAD



Era una tarde cualquiera para muchas personas, excepto para un chico de provincia que se mudaba a la ciudad, porque a su padre lo transfirieron en el trabajo. El chico, mejor conocido como Bruno Morales Arreola, no estaba del todo conforme con su nueva vida, y, a pesar de que estaba emocionado por el cambio, no quería dejar atrás a sus amigos. Entonces, hicieron la promesa de escribirse por mensaje siempre que pudieran.

El viaje de Bruno y su padre desde Chiapas hasta la Ciudad de México duró dos días. Al segundo día, llegaron al departamento donde se iban a quedar. El camión de la mudanza todavía no había llegado, pero Bruno y su padre llevaban lo necesario en su carro y solamente llegaron a dormir. Por suerte, era fin de semana.

Por la mañana, salieron a un restaurante familiar a desayunar. Cuando terminaron, fueron a comprar el uniforme que Bruno usaría el lunes para ir a la escuela. Respecto a esto, el mencionado muchacho se ponía ansioso por el simple hecho de que le recordaran que iría a una nueva escuela, con nuevos compañeros, nuevos maestros, ¡gente desconocida! No era muy social, aunque con sus amigos era de lo más amigable.

El lunes por fin llegó. Bruno se levantó incluso antes de que la alarma sonara, se bañó, vistió y desayunó. Estaba listo para ir a la escuela.

—No te metas en problemas, sé educado y espero que hagas amigos—dijo Alejandro, el padre de Bruno.

—¡Si ya sabes cómo soy!—respondió respecto a lo primero, en tono burlón—. No te prometo nada con respecto a los amigos.

—Esfuézate un poco, necesitas abrirte un poco más—agregó su padre con un tono preocupado.

—Sí. Lo sé... —dijo un suspiró—. Pero bueno, ya llegamos. ¡Adiós, papá! —Dijo lo último mientras cerraba la puerta del coche, ya encaminado hacia la parte interior del instituto.

—¡Ay, de veras con estos niños!...

Bruno se internó en las instalaciones del instituto y varias miradas iban a parar en él. Porque, ¡vamos!: un chico nuevo, alto, como de 1.70, de pelo negro, de tez algo morena y guapo, ¡¿cómo no iba a resaltar?!

Caminaba por el pasillo, nervioso porque muchas chicas y uno que otro chico se le quedaban viendo y, claro, no pudo no escuchar los suspiros de aquellas. Fue hacia la dirección, para preguntar por su salón, y una maestra se acercó a él con una sonrisa pintada en el rostro que hacía que se le marcaran algunas arrugas, pues era una señora de unos cincuenta y tantos.

—Hola, me presento: seré tu tutora y profesora de matemáticas, soy la maestra Rosario Ávila Camacho.

—Mucho gusto.

—Muy bien, ahora sígueme, te llevare al salón.

—Sí.

Subieron al primer piso y pasaron por algunos salones, hasta que finalmente llegaron al que les correspondía.

—Muy bien, ahora quédate aquí, y cuando yo te lo indique, entras—. Dijo la maestra, abriendo la puerta del salón.

—Está bien—. Asintió Bruno.

—A ver, jóvenes, tomen asiento, por favor— se escuchaba cómo algunos alumnos seguían hablando y riendo—. ¡Jóvenes!

De repente, sólo hubo silencio: —Así está mejor. Un nuevo alumno nos acompañará en lo que resta del curso, así que no lo traten mal. Pasa, por favor—, le indicó a Bruno la maestra. Él se adentró al salón con un poco de miedo, ya que hablar en público no era su fuerte.

—Ho... hola. Soy Bruno, mucho gusto—se presentó ante el grupo.

—Ok, hay un asiento libre por allá —dijo la maestra y señaló un lugar vacío en la parte trasera del salón.



Bruno caminó hasta la última silla, que estaba vacía, al lado de un chico de piel clara, con pecas en el rostro, cabello ondulado castaño claro, ojos grandes color café oscuro y un poco “chobi”, lo que hacía que sus cachetes resaltaran.

—¡Qué lindo! —pensó Bruno. Se sentó, colocó su mochila a un lado de la banca y sacó su estuche y un cuaderno.

—Hola —dijo el pelinegro al otro chico.

—Hola —contestó, cortante, el castaño.

Para Bruno, esto fue una señal de que el otro no tenía muchas ganas de hablar con él, así que no le dirigió la palabra en todas las demás clases.

Cuando sonó la campana para el receso, Bruno no sabía si salir a comprar algo de comer o quedarse en el salón, ya que no conocía la escuela. Antes de que pudiera decidirse, una chica apareció enfrente de su mesa, colocando ambas manos sobre el mueble.

—¡Hola! —dijo aquella chica.

—Hola —contestó un poco tímido el chico.

—¿Quieres que te enseñe la escuela? —preguntó ella con una sonrisa.

—Claro, me harías un gran favor —dijo Bruno, parándose—, gracias.

—¡Ja, ja, ja, no hay problema! Soy Abigail, por cierto.

—Creo que tú ya sabes mi nombre, pero, ¡qué tal, soy Bruno!

—Mucho gusto, ¿te importa si pasamos por unos amigos?

—No, vamos —le dijo el pelinegro con una sonrisa.

Juntos caminaron por el pasillo hacia uno de los otros salones en busca de los amigos de Abigail. La chica, de pelo negro, corto, con un pequeño fleco, de piel ligeramente morena, bajita y un poco rellenita, parecía ser amigable y, a pesar de ser bonita, no resaltaba entre los demás alumnos. A Bruno le agradó de inmediato y agradeció el haber hecho amistad con alguien.

Llegaron al último salón de los que correspondían a sexto de preparatoria, y la pelinegra, asomándose por la puerta, sin más, grito:

—¡Miguel! ¡Gu Nanxi! ¡Vamos, hay alguien que quiero presentarles!

Dos chicos que se encontraban platicando voltearon y se pararon con dirección a la puerta.

—¿Qué pasa? —dijo un chico un poco más bajo que Bruno.

—Sí, no tienes que gritar —agregó el otro, que tenía rasgos asiáticos.

—¡Ay, qué aguados! —les reprochó Abigail haciendo un mohín—. Pero bueno, chicos, él es Bruno. Bruno, los chicos —los presentó.

—¡Qué tal! Soy Miguel —respondió el primero y sonrió.

Miguel era el chico unos pocos centímetros más bajo que Bruno, de tez morena, cabello castaño oscuro, ojos del mismo color, de personalidad amable, carismático y gracioso.

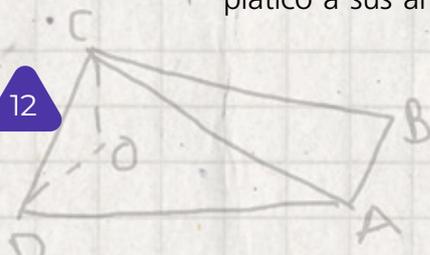
—Gu Nanxi. Mucho gusto —dijo el segundo con una leve reverencia.

Gu Nanxi, de nacionalidad china, era un chico de la misma estatura que Bruno, con piel pálida, cabello negro, ojos rasgados de un café tan oscuro que parecían negros, y usaba unos lentes de pasta también negra.

Los tres amigos le dieron un recorrido a Bruno por toda la escuela, mostrándole desde la cafetería hasta el gimnasio. Terminó el receso, y Miguel, junto con Gu Nanxi, regresaron a su salón, mientras que Abigail y Bruno entraron al suyo.

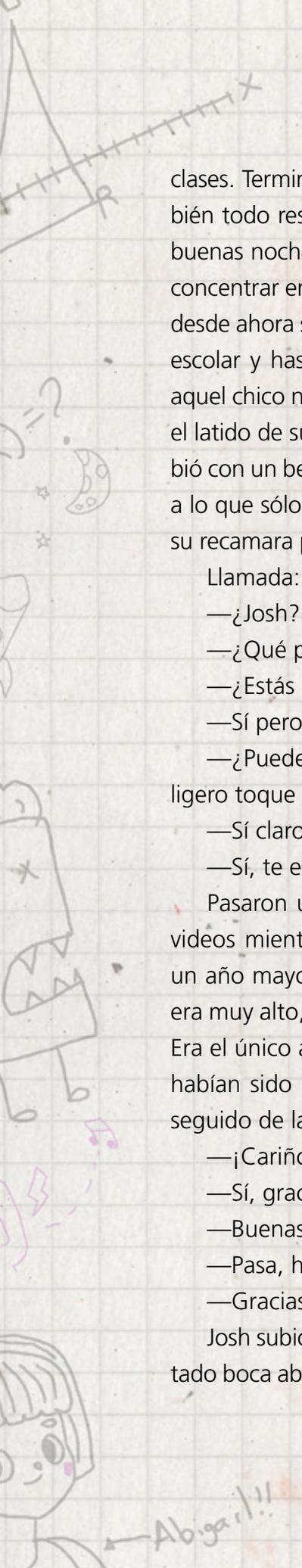
Abigail fue a su asiento, por las filas del frente, y Bruno fue hacia el suyo, junto a aquel chico serio. Aunque al principio del día no se dirigieron la palabra en ningún momento, al pelinegro extrañamente le interesaba saber más de él, conocerlo, hablarle naturalmente, pero sólo pudo saber su nombre cuando, de reojo, vio la etiqueta de su cuaderno: "Samuel Torres Gea".

El día escolar terminó y Bruno salió del colegio, no sin antes despedirse de sus nuevos amigos y ver por última vez en el día a Samuel, que iba en dirección contraria a la suya. Llegó a su casa, comió, les platicó a sus amigos de Chiapas cómo había sido su primer día de



Yo?
No!





clases. Terminó su tarea. A la noche llegó su padre, y le platicó también todo respecto a su día. Finalmente, se lavó los dientes, dio las buenas noches y se fue a dormir. Por otro lado, Samuel no se pudo concentrar en todo el día por estar pensando en el chico nuevo, que desde ahora se iba a sentar a su lado durante lo que restaba del ciclo escolar y hasta que se graduaran. Eso no habría sido problema si aquel chico no se le hiciera tan guapo, en serio tanto, que temía que el latido de su corazón lo delatara. Al llegar a casa, su madre lo recibió con un beso y la comida lista junto con un "¿Cómo te fue hoy?", a lo que sólo respondió con un "bien". Terminó de comer y subió a su recamara para llamarle a su mejor y único amigo.

Llamada:

—¿Josh?

—¿Qué pasa, Sam?

—¿Estás libre?

—Sí pero hasta la tarde noche, ¿por?

—¿Puedes venir? Es que te quiero contar algo —dijo con un ligero toque de emoción.

—Sí claro, ¿te veo en tu casa como a las siete?

—Sí, te espero.

Pasaron un par de horas. Samuel hizo un poco de tarea y vio videos mientras esperaba a que su amigo llegara. Josh, un chico un año mayor que él, cursaba el primer año de la universidad. No era muy alto, tenía pelo castaño oscuro, ojos miel y piel apiñonada. Era el único amigo de Samuel, ya que desde pequeños sus madres habían sido amigas. De pronto, Samuel escuchó sonar el timbre, seguido de la voz de su madre.

—¡Cariño, Josh está aquí!

—Sí, gracias mamá.

—Buenas tardes, señora.

—Pasa, hijo; ya sabes que ésta es tu casa.

—Gracias.

Josh subió hasta el cuarto y encontró a Samuel en su cama, acostado boca abajo, dándole la espalda. Se acercó y se sentó en la orilla.

—Ahora sí, cuéntame lo que te trae tan angustiado —dijo Josh en tono dramático.

—Déjate de dramas —contestó Samuel, y fue a sentarse al lado de su amigo.

—¡Entonces habla, quiero saber! —dijo el primero, desesperado.

—Es que...

Samuel le contó a Josh sobre el chico nuevo, guapo, que había llegado a la escuela, que se sentaba junto a él y al que había contestado el saludo de una manera no muy amistosa.

—Tonto —le dio un golpecito en la frente—, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Amarme y mantenerme? —preguntó, agarrándose la frente con una pequeña sonrisa.

—¡Ya quisieras! Pero no. Es tu oportunidad, háblale, vuélvase amigos y, no lo sé, tal vez lo conquistes.

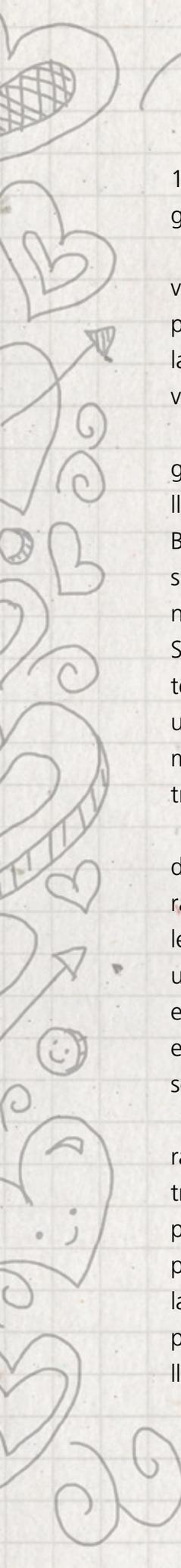
—¡Ja, ja, ja! No seas tonto, como si yo pudiera hacer eso... —respondió con un sonrojo.

—¡Sí que puedes! Eres muy lindo, sólo confía en ti.

Ese día, Samuel se fue a dormir con las palabras de Josh en mente. Al día siguiente, le hizo caso y saludó a su compañero de banca. Bruno, por su lado, se sintió sorprendido y feliz con el acto, además de por notar que Samuel era más bajito que Miguel.

Con el tiempo, Samuel también se volvió amigo de Abigail, Gu Nanxi y Miguel, y no volvió a pasar un descanso solo. Bruno descubrió que Samuel era constantemente intimidado por su peso, y lo azuzaban para sacarle dinero, ya que su familia tenía un nivel económico relativamente alto. Un día, Bruno se hartó de esta situación y de que Samuel no hiciera nada al respecto. Entonces, fue con aquellos chicos y quiso razonar con ellos, que sólo supieron reaccionar agresivamente. No le quedó de otra más que defenderse, y todos fueron a parar a la dirección.

Sus amigos lo defendieron y le dijeron a la directora que estaban intimidando a Samuel. Aquellos chicos terminaron suspendidos



15 días y Bruno tres: —¡Pero bien merecidos!—, les dijo a sus amigos. También se llevó un pequeño regaño por parte de su padre.

Pasaron cerca de tres meses, en los que Bruno y Samuel se volvieron más cercanos. Ambos sabían que eran más que amigos, pero ninguno se atrevía a decir algo. Un día, iban de regreso de la escuela y decidieron desviarse un poco, porque ninguno quería volver todavía a casa.

Caminaban por un pequeño parque en el que no había mucha gente, se sentían nerviosos, pero cómodos uno con el otro. Samuel llevaba un tiempo preguntándose cómo sería tomar la mano de Bruno, y de pronto se atrevió a hacerlo. Al principio, enlazó sólo su meñique al de su amigo, quien, aunque se sorprendió, no dijo nada, pues vio el gran sonrojo que se extendía por el rostro de Samuel; al contrario, se atrevió a enlazar otro dedo. Samuel volteó ligeramente a ver a Bruno y éste se hacía el indiferente, con un pequeño sonrojo en las mejillas. Finalmente, se tomaron de las manos y, con una sonrisa tímida en los labios, siguieron caminando tranquilos, sin saber que alguien les había tomado una foto.

Al día siguiente en la escuela no pudieron evitar darse cuenta de que, cuando caminaban por el pasillo, varios alumnos murmuraban, los veían con asco o se reían. Bruno, cuando llegó al salón, le preguntó a Abigail qué era lo que estaba pasando. Ella le enseñó una foto: eran él y Samuel tomados de la mano, tal como sucedió el día anterior. Su rostro enrojeció de vergüenza y enojo. Abigail se emocionó y lo felicitó por su gran progreso con Samuel. Bruno sólo se cubrió el rostro.

Ignoraron todo un par de días, hasta que los rumores, por alguna razón, llegaron a los oídos del padre de Samuel. Ese día, llegó del trabajo hecho una furia, le gritó a Samuel y lo golpeó. Esto ya había pasado antes, incluso llegó a ser normal, pero esta vez había sido peor que las anteriores. Su madre salió a defenderlo, pero también la golpeó. Samuel salió de su casa rompiendo en llanto y paró en un parque. Llamó a Bruno que, preocupado, salió en su busca. Cuando llegó, lo abrazó y le limpió la cara con caricias y palabras bonitas.

—Y...ya.. no... no... no lo.. so... soporto—. Dijo Samuel, sorbiendo la nariz.

—No puedes seguir así, ahorita mismo nos vamos a la policía.

Después de unos minutos, fueron a la estación de policía más cercana a levantar una denuncia por maltrato contra el padre de Samuel. Unos días después, se lo llevaron a la cárcel. Esos días, Samuel se quedó en la casa de Bruno; luego volvió con su madre a su casa, feliz de que todo había acabado.

—¿Y qué vamos a hacer con lo de la escuela?—. Le preguntó a Bruno.

—Tranquilo, ya tengo un plan—. Le contestó con una sonrisa.

Volvieron a clase y en el receso llamaron a todos los alumnos al auditorio. Cuando todos habían llegado y tomaron asiento, se iluminó el escenario, en el cual estaban Bruno y Samuel.

—Hola —dijo Bruno—, los convocamos hoy para hablarles un poco sobre nuestra situación.

—Nosotros —continuó Samuel— realmente la pasamos mal; yo, incluso antes de que los rumores comenzaran, pero me quedé callado por miedo a que me hicieran algo peor.

—Así que por eso vamos a hacer esto: si se agachan, podrán ver que debajo de sus asientos hay un antifaz para dormir —señaló Bruno—. Por favor, colóquenselos, y si se sienten identificados con alguna situación de las que vamos a nombrar, párense.

—Pónganse de pie aquellos que han sido intimidados —dijo Samuel.

Varios alumnos se pusieron de pie; los muchachos siguieron nombrando cada uno una situación desagradable.

—¡Agredidos!

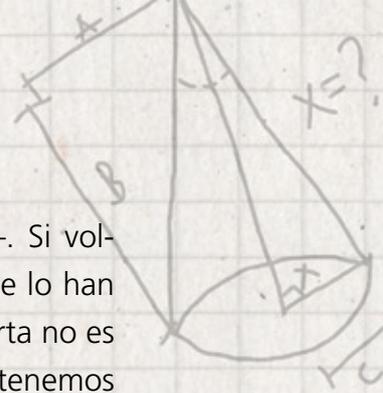
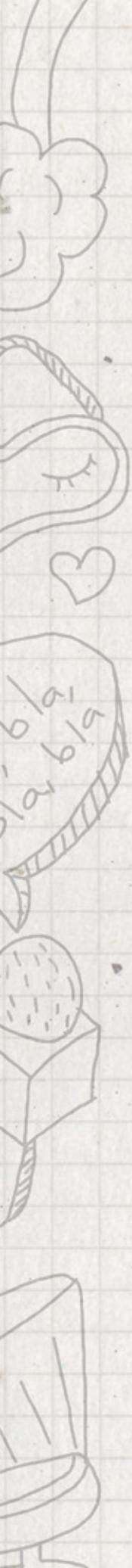
Otros más se levantaron...

—¡Discriminados por sus gustos, su nacionalidad, su color de piel o alguna otra situación!

Más alumnos copiaron la acción, entre ellos Gu Nanxi y Abigail.

—¡También los que sufren en su casa y en silencio!

Al final, sólo quedaron unos pocos alumnos sentados.



—Ahora pueden quitarse el antifaz —indicó Bruno—. Si voltean a su alrededor, podrán ver que no son los únicos que lo han pasado mal. A quienes les hayan hecho algo, lo que importa no es qué tan diferentes seamos entre nosotros, sino que todos tenemos en común que somos humanos y tenemos sentimientos, para mí eso es lo que de verdad importa.

Terminó y todos fueron a sus clases.

—¡Qué poeta me saliste! —le dijo, sonriente, Samuel.

—¡Y quién dice que no lo soy! —bromeó Bruno y rieron juntos.

Desde ese día, algunos de los alumnos decidieron cambiar y no dejarse abusar, para así, tal vez, cambiar también su entorno y poco a poco ir mejorando el lugar donde viven ellos y otras personas, y así tener una mejor calidad de vida.

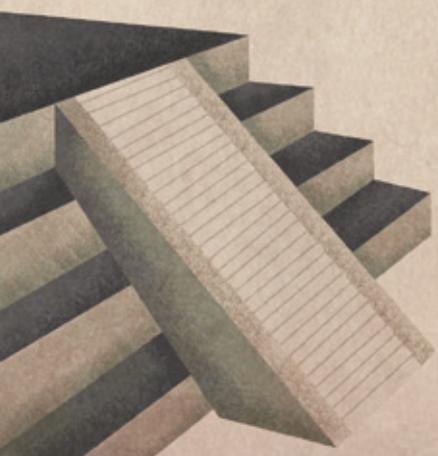
Y sobre Bruno y Samuel, esa ya es otra historia.



Segunda categoría
Segundo lugar

El nuevo comienzo

Fernando Hazael Guerrero Villalba





Había una vez un niño llamado Tzoc. Él vivía a las orillas de la gran Tenochtitlán junto con sus papás, Mazatl y Yetziany, que eran comerciantes y se encargaban de hacer el chocolate para el tlatoani (el rey). Su familia llevaba ese cargo desde décadas atrás; para ellos era algo extraordinario hacer el chocolate para esa persona especial. El gran Nezahualcóyotl era la persona a la que más respeto le tenían en la ciudad, y era un honor que el tlatoani los hubiera elegido a ellos para prepararle su chocolate especialmente. Aunque, a la vez era también era un riesgo, porque, si algo le pasaba al tlatoani con su chocolate, a ellos los matarían.

Tzoc no quería ser chocolatero. A él le llamaba la atención ser el tlatoani, estar a cargo de toda Tenochtitlán. Sus ambiciones eran altas, pero en esos tiempos no se podía ser tlatoani si no era por descendencia. Tzoc estaba esperanzado en que podría ser el próximo tlatoani de Tenochtitlán, creía que podía ser un ejemplo para las nuevas generaciones que estarían por venir y que marcaría una diferencia respecto a los otros tlatoanis que habían gobernado la que hoy es la Ciudad de México.

Él buscaba mejorar a su pueblo, mejorar la vida de todas las personas, y también quería unirlos para que pudieran ayudarse unas a las otras, para que vivieran en una mejor ciudad, con más calidad de vida; quería dejar un gran linaje a las próximas generaciones y heredar una ciudad excelente para que las personas pudieran estar a gusto con lo que ellos construyeron con sus propios esfuerzos, porque sólo ellos entenderán qué es trabajar unidos y qué separados.



Cinco años después

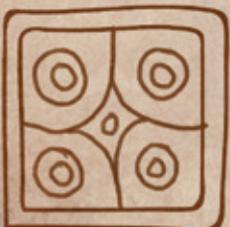
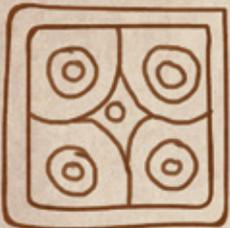
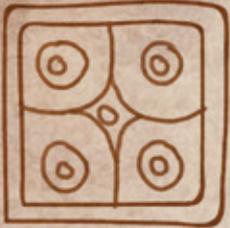
Era el decimoquinto cumpleaños de Tzoc y le tocaba hacer la prueba para ver si entraría al ejército azteca. Si lograba entrar, estaría cada vez más cerca de su meta de ser tlatoani, aunque para eso tendría que pasar por varios puestos, o al menos eso era lo que Tzoc creía.

Ser un guerrero mexicano no era como creen muchas personas. Para empezar, sólo escogían a ciertos hombres, que tenían que pasar todas las pruebas requeridas. Dependiendo del nivel de experiencia y de los resultados, sabían el puesto en el que los podrían colocar. A algunos los ponían como cuidadores de la ciudad o como soldados para ir a saquear otros pueblos. Pero él quería que le tocara la guardia personal del tlatoani: ese cargo sólo le tocaba a quienes tenían unos excelentes resultados en las pruebas.

Por fin era el día y Tzoc estaba ansioso por la duda de qué tipo de pruebas le iban a dar y de qué tan buenos resultados lograría, porque sabía que para ser guardia personal necesitaba sacar calificaciones perfectas. Si no lo lograba, no iba a servir para nada su esfuerzo.

Al culminar las pruebas, Tzoc estaba exhausto. Sabía que había dado lo mejor de sí mismo, que había puesto mucho empeño y dedicación. El líder de la prueba empezó a dar los resultados. Cuando escuchó su nombre y además escuchó que había quedado seleccionado como guardia personal del tlatoani, se alegró mucho y fue con su familia para contarles la maravillosa noticia.

Su familia estaba triste porque Tzoc ya no iba a hacer chocolate con ellos, pero a la vez estaba feliz, porque pasó las pruebas con éxito y porque le había tocado un puesto mayor. Tras su nuevo nombramiento, guardia personal del tlatoani, Tzoc esperaba que con el tiempo las leyes fueran modificadas para que la gente pudiera escoger a su siguiente gobernante, y pensaba en que ojalá lo escogieran a él, por las acciones que estaría dispuesto a realizar por su pueblo y por su país.



Primer día

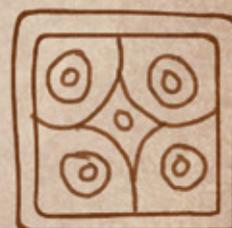
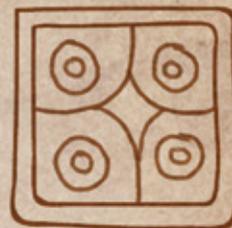
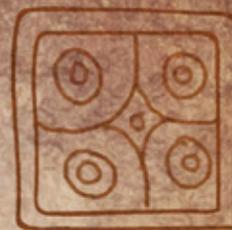
Tzoc estaba listo para su primer día como guardia personal, aunque tenía algunas dudas sobre cómo transcurriría la jornada o cómo lo trataría el tlatoani, si le agradaría. Ésa era su mayor preocupación: saber si él se sentiría a gusto con Tzoc, porque para Tzoc su principal anhelo era que él estuviera satisfecho y cómodo con su presencia.

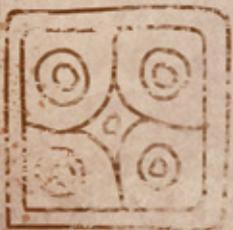
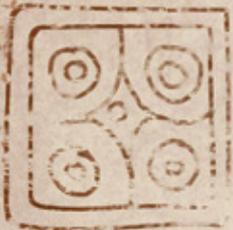
Cuando Tzoc conoció al Nezahualcóyotl, se dio cuenta de que todo lo que él había pensado era incorrecto. De hecho, se alegró cuando vio que Nezahualcóyotl era muy agradable y muy simpático. En muy poco tiempo se ganó su confianza y se volvió su mano derecha. Cada vez Tzoc se estaba acercando más y más al poder.

Un día, el tlatoani le preguntó cuál era su propósito en la vida o cuál era su meta por alcanzar. Le dijo que le contestara con la verdad, que él no se enojaría con la respuesta. Tzoc le contestó con la verdad. Le dijo que él desde muy chico siempre soñó y quiso ser tlatoani, pero que no se podía, porque eso sólo se lograba por descendencia y su familia no era de la realeza, aunque haría lo que fuera por lograr su sueño. El tlatoani le confesó algo: le dijo que estaba buscando un heredero para que fuera el próximo gobernante de la gran Tenochtitlán, y que, como había visto cómo era Tzoc, se había ganado el privilegio de ser el próximo tlatoani. Ese secreto sólo lo sabrían Tzoc y Nezahualcóyotl, y le dijo que nadie, absolutamente nadie, se debía enterar.

Unos meses después, Nezahualcóyotl le confesó algo más a Tzoc: le dijo que a él le gustaba hacer poesía y le pidió ayuda para elaborar su próximo poema. Dijo que le gustaría estar inspirado en algo o en alguien, y le pidió ayuda para su pieza. Estuvieron trabajando juntos durante semanas. Tzoc le sugirió que se basara en algo que le gustara, por lo que empezaron por hacer una lista sobre cosas, colores, personas y animales.

Tzoc le preguntó a Nezahualcóyotl cómo le gustaría que conocieran su poema, cuál era el título que más le agradaba, y le dio





una lista con varios nombres. Después de revisarla, eligió llamarlo “El Cenzontle”, y el poema que escribieron con mucho trabajo dice así: “Amo el canto del cenzontle, pájaro de cuatrocientas voces, amo el color del jade y el enervante perfume de las flores, pero amo más a mi hermano el hombre”.

Tzoc le preguntó qué planeaba hacer con el poema. Nezahualcóyotl le contestó que planeaba anunciarlo a todas las personas de Tenochtitlán, y Tzoc le dijo que sería una buena idea, pero tal vez pensarían que por qué el tlatoani está haciendo poemas en lugar de ayudar a su pueblo, mejorar los embarcaderos de Acapulco o Veracruz para que les pudieran generar más ganancias, para importar nuevas cosas y que ellos a su vez también pudieran exportar nuevas cosas de Tenochtitlán.

El tlatoani mandó a Tzoc para que ayudara a la comunidad y que viera qué necesitaban, qué problemas tenían y en qué podía ayudar para que el pueblo se sintiera contento con lo que el tlatoani estaba haciendo por ellos. Esto no lo podía hacer él mismo, debido a que no todas las personas podían verlo: si alguien no autorizado lo miraba y algún guerrero se daba cuenta, lo asesinaban por desacato a las reglas e insultos al Tlatoani con la mirada. Le dijo a Tzoc que por eso era importante que fuera él, una persona de su máxima confianza, para que hiciera los trabajos más importantes que se le podían encomendar. Porque era una gran responsabilidad, ya que no cualquier persona es de confiar; algunos se aprovechan en beneficio propio. Además, dijo que se le proporcionaría todo lo que necesitara para ayudar al pueblo.

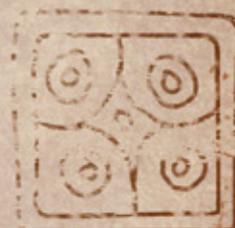
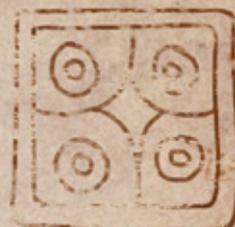
Tzoc le juró al tlatoani que no le fallaría, sólo había un problema: que este trabajo se tenía que hacer antes de que se cumplieran dos meses, para que la gente de los pueblos mexicas que estaban fuera de la gran Tenochtitlán apoyara a su tlatoani en la próxima conquista contra los pueblos que no eran aztecas, como los olmecas y los mayas.

La gran Tenochtitlán

Los primeros cinco días, Tzoc recorrió toda Tenochtitlán a pie, mientras les iba preguntando a los habitantes qué cosas les faltaban en sus casas o cómo les podía ayudar para que se sintieran más cómodos. Algunas personas pedían que quitaran los impuestos por la venta de sus productos —pues, si ellos no pagaban, los guerreros les quitaban sus cosas, los desalojaban del lugar donde vendían, los sacaban de la ciudad y les advertían que, de no pagar, no volverían a vender ahí e incluso los asesinarían—, otras personas le decían que deseaban una mejor paga por sus productos y otros solicitaban mejorar la ciudad, como en Xochimilco, entre otras peticiones.

Ya transcurrido el primer mes, y al notar las mejoras que estaba haciendo en Tenochtitlán, fue a darle su informe a Nezahualcóyotl, para que estuviera al tanto de que hacía el trabajo tal y como prometió. El tlatoani se dio cuenta de que el pueblo estaba mejor y más feliz con las nuevas mejoras, y que las personas no eran felices con las desventajas que tenían previamente. Con el tiempo, empezó a reflexionar y se hacía una pregunta: ¿Qué pasaría si yo estuviera ahí? Así, le pidió por favor a Tzoc que siguiera con el buen trabajo que llevaba hasta el momento, porque a la gente le estaba gustando lo que estaba haciendo.

Tras un mes y medio, la gran Tenochtitlán se veía diferente. Parecía que sí era una ciudad unida y que todos se ayudaban. En esos momentos ya se estaban preparando para la próxima invasión —porque los aztecas eran guerreros despiadados y no le tenían miedo a morir—, pero no tenían suficientes guerreros. Tzoc pensó en la situación y se dio cuenta de que no era necesario atacar a otros pueblos para que pudieran satisfacer sus necesidades. Entendió que si trabajaban duro podían lograr todo lo que hubieran planeado, porque el trabajo siempre rinde frutos. Trató de explicarle su pensamiento a Netzahualcóyotl, pero el tlatoani era necio y quería guerra, ya que, al ayudar a su pueblo, él se estaba quedando sin recursos personales y los quería recuperar de una manera u otra,





y así como ayudó al pueblo, el pueblo lo tendría que ayudar a él. Tzoc le explicó que tras él ayudar a su pueblo, el pueblo iba a cuidar mejor de él, y les podría pedir una pequeña comisión por arreglar la ciudad, que la gente lo entendería y ya no se pondrían tan alterados, claro, siempre que el impuesto fuera mínimo. Además, que se daría cuenta de que de poquito en poquito podría recuperar los recursos que aportó para su pueblo.

La venta de sus ojos

Tzoc le hizo darse cuenta a Nezahualcóyotl de que no era necesario arriesgar las vidas de sus ciudadanos para que él pudiera cumplir su capricho de recuperar lo que prestó para las mejoras. Lo hizo recapacitar y le dijo: —Lo hecho, hecho está, pero de ti depende mejorar—. Nezahualcóyotl se percató de que todos esos años siendo Tlatoani lo habían hecho otra persona, que no buscaba el bienestar de sus habitantes para que pudieran sentirse seguros en Tenochtitlán; no pensó ni actuó para que ellos pudieran prosperar. Tzoc le dijo a Nezahualcóyotl: —¿Conoces tu ciudad gobernada? ¿O acaso conoces los principales problemas que tiene una familia?—. Y le hizo una pregunta más: —Si conoces tu ciudad, ¿qué cambiarías de ella?—.

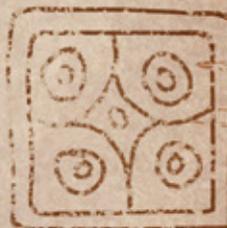
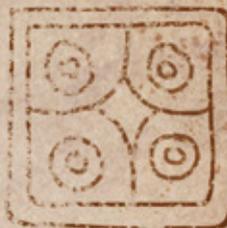
Nezahualcóyotl reflexionó sobre en qué había convertido su ciudad amada, la que buscaba que fuera una ciudad de abundancia y prosperidad: la convirtió en un caos. ¡Él mismo había destruido la ciudad de sus sueños, todo por el mal camino que tomó! Entonces le dijo a Tzoc: —No sé qué hubiera pasado si no te hubiera conocido, no sé en qué ciudad viviría el día de hoy—. Nezahualcóyotl le pidió reunir a todos los habitantes en una pirámide, porque les quería hacer pública una noticia que para ellos y para él era muy importante: que Tzoc sería el próximo gobernante de la gran Tenochtitlán.

Ya con la gente reunida como el Tlatoani lo pidió, les dijo que no era necesario que voltearan su mirada a otro lado y les permitió verlo; luego les dijo que había una persona muy importante para

ellos y para él, que sin esa persona todo este cambio no habría sido posible, y les anuncio que de quien hablaba era de toda su confianza y sería el próximo tlatoani cuando él muriera. Les aseguró que, cuando él era su escolta, demostró la valentía y el coraje para darle el privilegio más grande que existe: gobernar Tenochtitlán: —Les aseguro que Tzoc nunca les fallará, porque él también empezó desde abajo y sabe lo difícil que es lograr lo que quieren. Sabe que ustedes hacen muchos esfuerzos para estar hoy donde están—. Luego les pidió que confiaran en él tal como él mismo confió en que podría mejorar el pueblo, y lo hizo. Tzoc se puso muy feliz cuando la máxima autoridad dio tal anuncio enfrente de todos los ciudadanos.

Después del evento se mostró muy agradecido con éste por haberle cumplido el sueño que había tenido desde muy chiquito. El joven Tzoc le dijo al señor tlatoani que nunca le iba a fallar y mucho menos a su pueblo, y que cada día iba a trabajar muy duro para que la gente se sintiera feliz con él y con lo que crearan juntos con esfuerzo y dedicación.

Después de varios años, Nezahualcóyotl falleció. Tzoc estaba triste, pero también feliz, porque perdió un amigo, pero también porque lo coronarían. Se hizo pública la muerte de gran Tlatoani Netzahualcóyotl, y en seguida se anunció que tenían que coronar a Tzoc, y justo cuando le iban a dar el poder... ¡Sonó su despertador y su mamá le dijo que se arreglara para ir a la escuela!





esperanza
madre
cumple
estudios ciudad
Sueño

Segunda categoría
Tercer lugar

Anécdotas futuras

Néstor Solís Carrillo





Hoy es mi cumpleaños número ocho y mi mamá me regaló este cuaderno. Hemos tenido tiempos difíciles y no pude disfrutar bien mi día. Tuve que ayudarle en su trabajo. La veo sufrir, la veo infeliz, pero me alegra ayudarle, porque sé que la alivia tener apoyo. Pero esto no va al caso; esta libreta va a ser para enlistar los problemas de mi ciudad. Mi sueño es arreglarlos, y perseguir mis sueños puede ser la forma de conseguirlos, así que esto queda como evidencia.

Ese era yo de niño, con ocho años, esperanzado en solucionar problemas. ¡Cuánta ilusión tenía! Al crecer y madurar me di cuenta de que era un sueño imposible, ya que, desde mi punto de vista actual, vivimos en una sociedad podrida y que lo seguirá estando. Pero, quizá lo que más me pregunto específicamente en este momento, es qué hago leyendo esto. Y eso me conduce a la mañana de hoy.

He despertado, como todos los días, junto a mi esposa, Angélica. Ella siempre me recibe con una sonrisa tenue que va agrandando, aunque en el fondo sé que está triste. Hace poco tiempo me diagnosticaron una enfermedad que se llama *Lupus*, la cual, entre otras cosas, va consumiendo mis órganos poco a poco. Los doctores me pronosticaron no más de 50 años de vida, para los cuales, lamento decir, no falta mucho: sólo soy un hombre esperando el fatídico día en el que se derrumbe.

Desde hace ya mucho tiempo sigo una rutina repetida todos los días: me despierto junto a Angélica —suele ser temprano—, aunque, como no tengo nada que

hacer de verdad, vuelvo a dormir. Cuando por fin despertamos, nos saludamos, me ayuda a tomar unas medicinas que “controlan” mi enfermedad —que ya casi ni me molesto en tomar—, y hace el desayuno. Mientras yo estoy desayunando, mi mujer va a despertar a nuestro hijo, Arturo, mi motor de cada día. Después, ella lo mete a bañar y lo viste. Prefiero desayunar solo, viendo las noticias, y esperarlos. Después llegan; recibo a mi hijo con un choque de manos y de vez en cuando con un beso. Al final, salen de casa. Angélica se va al trabajo, no sin antes dejar a Arturo en la primaria: hasta donde me cuenta, él es feliz ahí.

Últimamente he faltado a mi trabajo, de abogado, el cual, siendo sincero, me gusta y es algo en lo que soy bueno. Lo he dejado por lo débil que me encuentro, aunque lo compensa el ver a mi esposa, y junto a ella, a mi campeón, mi hijo. Ellos dos juntos hacen que mis días de pesadilla se conviertan en un sueño. Después de que se van, lo único que me queda es sentarme afuera a perder el tiempo. La terraza de mi casa tiene una vista que siempre ha sido reconfortante para mí: una panorámica de toda la ciudad. Al fondo se ve la carretera, y junto a ella, un pequeño lago y un monte sobre el que se cuele el amanecer.

Generalmente me la paso todo el día sentado, durmiendo. De vez en cuando saco un videojuego portátil que tengo guardado; de niño siempre quise uno y, la verdad, es una buena invención para matar el aburrimiento. A veces leo, a veces veo la tele, pero ya estoy harto de ser prácticamente un inútil, aunque mi familia no me vea así.

Tantos días de lo mismo me habían afectado: sólo quedarme en casa, sin ganas de hacer nada, repitiendo la misma vida... Hasta que, un día, pasó algo impensable, algo que hasta ese momento había sido un mal sueño viviendo en el subconsciente profundo de mi mente.

A la puerta tocó un chico mensajero del trabajo. En el trabajo había una oficina que, mejor dicho, era un almacén; ahí guardaba cosas que ya no quería, que eran un estorbo —por los malos recuer-

dos que traían—, o que simplemente olvidé. Algunos compañeros también dejaron objetos ahí. Él chico era amigo mío, y quizá por eso se había tomado la molestia de buscar mis pertenencias entre todo lo que había en el almacén y las había traído en una caja.

Terminé de desayunar y me senté en la silla mecedora de la terraza. Me puse a revisar las cosas. Cuando iba a terminar, vi al fondo una libreta vieja, una de las que almacené por los malos recuerdos que contenía, y que, con el tiempo, había dejado en el olvido. Estaba un poco destruida, deteriorada. Me quedé viéndola: empecé a recordar... En eso llegó mi hijo, rompiendo mi burbuja con palabras:

—¡Papá, papá! ¿Qué es esa libreta? —dijo emocionado.

—Realmente no es nada, Arturo —dije pensativo y a la vez algo nostálgico—. Sólo es una libreta vieja.

—¿Es importante para ti? —comentó curioso.

—No lo recuerdo...

Se hizo un silencio, hasta que hablé:

—Bueno, tu madre te espera, buena suerte en la escuela.

—Claro, gracias papá, ¡te amo! —dijo y se fue, algo extrañado por mi silencio, aunque, como siempre fue muy entusiasta, de seguro lo olvidó.

Mi hijo y mi mujer tuvieron que irse. Volví a la soledad, desconcertado. Tenía la libreta en la mano, dudoso entre abrirla o no. Ignoraba qué encontraría, pero, entre estar solo y repetir el mismo día otra vez o tener una aventura visitando el pasado —quizá sumergirme en un mar de emociones, en algo que a la fecha me esmeraba en olvidar, necio, negándome a la realidad de lo que fui, sin aceptarlo—, finalmente me decidí: la abrí, estaba ante la penumbra de mi pasado.

Mi familia y yo vivíamos en una casa deplorable. Sufríamos mucho. Mi padre nos abandonó a mí y a mis dos hermanos, uno mayor y uno menor. El menor vive lleno de deudas —intento ayudarlo para que las supere—; el mayor tuvo problemas de adicción y en algún punto desapareció; hoy tal vez vive en un callejón donde va perdiendo la razón y el dinero, o bien, está muerto...

Mi madre siempre estuvo exhausta de trabajar para intentar darnos la mejor vida: mayormente, su intento fue fallido. Pero yo siempre vi el lado positivo de todo, siempre vi la luz al final del puente, e hice el esfuerzo por alcanzar esa vida anhelada. Mi sueño era que todos alcanzaran la misma luz que yo tanto me esmeraba en conseguir, así que, enlisté los principales problemas de la sociedad para que en algún punto de mi vida los pudiera solucionar, y seguí estudiando. Con el tiempo cerré mi mente, me rendí; encontré alguien a quien amar, a quien proteger y, en vez de intentar solucionar los problemas de la sociedad entera, me centré en solucionar los míos, los de mi familia, para darle a alguien la vida que siempre soñé de niño. Salí de estos recuerdos y reflexiones, y comencé a leer la libreta.

22 de agosto de 2019

Decidí escribir esto, ya que he pensado que los principales problemas, y a su vez la raíz de los mismos, residen en la escuela. Después de cumplir los ocho años y pasar los primeros cuatro días en tercero, lo que más encontré fue arrogancia: niños peleando entre ellos, algunos otros buscando personas para molestar, o llegando con su palabra a presumir de sus vidas lujosas a los demás, entre los que estaba yo.

Siempre me presumían todo, pero a mí nunca me afectó: siempre fui, soy y seré mejor que ellos. Resumiendo este problema, lo principal es la falta de valores que se imponen en casa, por eso creen que tienen derecho a menospreciar a los demás, por tener cosas más caras, y, a raíz de esto, creer que tienen la vida solucionada, cuando en la mayoría de los casos se dan por vencidos sin haberla iniciado...

No sé qué pensar. ¡Desde niño fui muy estudioso y muy fijado en lo malo! Lo hacía así, pues pensaba que podía mejorar mi vida empeorando la de otros. No sé si fue un acierto... Cada vez me llegan más recuerdos del pasado que, sinceramente, no me gustan; pero tengo la tentación de seguir y lo voy a hacer. Así, aunque las-

timosamente muchas hojas hablaban de lo mismo y otras estaban deterioradas y en mal estado, continué.

Llegaron otros recuerdos, eran de la primaria. Hasta donde supe, mi colegio estaba muy bajo en nivel educativo y sobresalir era algo fácil, ya que nadie se esforzaba en nada. ¡Ni los maestros! A veces iban, a veces no. Usaban cualquier cosa de pretexto para faltar a la escuela. Quizá se quedaron en la infancia, cuando fingían estar enfermos para no ir... Lo cual, por cierto, es algo lamentable. Por eso decidí meter a mi hijo en una escuela de calidad, donde a la vez que se esfuerce tenga un lugar en el que pueda explotar su potencial, y además no tenga ningún problema para entender nuevas cosas y experiencias. En fin, continué leyendo.

23 de diciembre de 2019

Mi madre me dijo que íbamos a trabajar un tiempo en el centro de la ciudad, que, por la época, ahí obtendríamos mejores ganancias. Yo quería celebrar la Navidad, pero, ¿qué es la Navidad sin mi familia? Así que los acompañé y los seguiré acompañando hasta el final. Cabe destacar que a mí no me gusta trabajar y menos de lo que tengo que hacer: cuando la luz del semáforo está en rojo, mi madre, mis hermanos y yo, montamos un espectáculo con pelotas. Hacemos malabares, que es algo sencillo, aunque, por el esfuerzo, la paga es muy poca. Igual, ¿qué más da?

Escribo esto principalmente para relatar un problema: muchas veces, la gente que da dinero o la que no da dinero nos dice “que no trabajen los niños, consíguete un mejor trabajo”. Pero no saben el esfuerzo que hace mi madre ni lo entusiastas que somos al trabajar. La solución que le daré a esta situación es que todos tengan un buen trabajo y no haya quejas. Haré que tengan un buen ambiente laboral, en el que estén a gusto y no se les dé un cargo excesivo. Así tendrán un buen rendimiento y una buena paga.

Al crecer, me di cuenta de que efectivamente era un problema, pero nunca vi el otro lado de la moneda. Es grave que se rían, pero tampoco hubo nunca un esfuerzo de las personas pobres para salir de esa miseria —al menos mi madre no es que haya hecho mucho—, y a veces usan más la lástima antes que el esfuerzo. Lo peor de todo es que ha empeorado. Sé que relaté que haría que todos tuvieran un buen trabajo, que no sea nada pesado para nadie, pero el problema no es el trabajo, es la gente. ¿Cómo haría yo que todos siguieran la misma voluntad que tenía yo? No tenía ni idea. Al ser pobres, no hacer nada y ser remunerados por eso, finalmente se conforman. Ése es el verdadero problema: el conformismo y la falta de compromiso, no querer darse una vida que cualquier persona podría conseguir con el esfuerzo que se requiere, siempre y cuando uno sea feliz y se sienta satisfecho.

Recordando un poco, me di cuenta de que de niño repetía los mismos problemas hasta que se me aparecía uno nuevo, y estuve escribiendo la misma fórmula. Da un poco de risa desde donde lo veo. De chico era tan comprometido con cumplir mi meta, que no me importaba repetir lo mismo una vez y otra vez, cosa que hoy me harta. Continuando, un día, ya en segundo año de secundaria, se me presentó un problema nuevo, uno que seguramente la mayoría de adolescentes han sufrido, han visto o del que se han informado, y que, supongo, es un problema común: ¡No por nada somos el primer lugar en él! Ahora ha disminuido, pero sigue pasando con frecuencia, y algunos lo presumen erróneamente y otros lo repudian...

15 de mayo de 2024

Hoy quiero escribir sobre un problema del que me he percatado mucho últimamente. He continuado mis estudios, pero otras personas no lo han hecho; veo chicas embarazadas y a sus parejas, compañeros que se van sin dejar rastro, que dejan su educación y arruinan su vida. Quiero creer que es porque no saben, pero, aceptando cruelmente la realidad, les dio igual el riesgo. No quiero ni pensar que lo hacen a

propósito para herir a otras personas, o con la idea retrógrada de hacerlas quedarse con ellas para siempre.

Hasta donde sé, México es primer lugar en embarazos y matrimonios a temprana edad. Un día, buscando información, vi que una persona expresó que es un orgullo, el cual no veo en ningún lado, principalmente, porque de la mano de este problema viene la desinformación. Las personas son susceptibles a ser manipulables, a ser engañadas y no cuidar de sí mismas. No puedo imaginarme qué se siente que te controlen de esa forma, que, sin que sepas nada y contra todo pronóstico, seas timado por un medio, un gobierno, por gente en la que confías; mi propósito sigue siendo erradicar eso...

Cada vez parecía más imposible ese logro. Ahora, mientras lo leo, más me asombro de mi antigua persistencia, de mi fuerza de voluntad y mi intento inquebrantable por lograr la justicia. Ese sueño, desde la perspectiva que tengo como adulto, ya lo hubiera dejado en el olvido, me habría dado por vencido. Pero igual soy un hombre en su lecho de muerte, apenas me puedo poner en pie. ¿Quién en mis circunstancias no pensaría de esa forma?

Algunos dicen que siempre vas a ser el ejemplo a seguir de tu pasado, el hermoso recuerdo de tu futuro y tu presente, el que te dará nuevas experiencias que aprender, nuevos aciertos, nuevos regalos; por eso es presente. Para mí el futuro era ya conocido e inevitable, el pasado mi envidia, y el presente algo deprimente. En fin, continuaré.

Pasé varias hojas. Noté que, quizá, en mi mente antigua la libreta pasó de ser una lista de problemas a mi diario personal. En un punto uno piensa que sus conflictos o su vida son más importantes que la de los demás, y luego uno nota que el mayor de sus problemas es el menos importante de otro, que la libertad propia acaba donde empieza la de los demás; sin embargo, es algo aceptable, pero uno le da más importancia de la que requiere.

Mi época favorita siempre fue la Navidad, por el único hecho de estar con mi familia, y al llegar precisamente a la hoja donde hablaba de ella, se empezaba a desatar la tormenta.

25 de diciembre de 2025

Hoy fue un día muy feliz para mí. Mi madre no trabajó y estuvo todo el día a nuestro lado. Gané una beca en la preparatoria; no era suficiente, pero siempre tuvimos la idea de que el dinero nunca fue lo más importante de la vida. Yo tenía claro eso: lo más importante para mí es la familia, con la cual pasé un maravilloso día, sin duda, la mejor Navidad que he festejado. Lo único lamentable fue la noche, porque mi madre cayó enferma. Ella dijo que eso le pasaba a menudo y que por ello se había comprado una medicina que le ayudaría a controlar el malestar. Se me hizo extraño, pero igual le creí y me fui a dormir.

En ese punto había recordado algo que en su momento dejé en el olvido, pero hoy es diferente. ¡Abrí una máquina del tiempo a mi peor pasado, a la peor versión de mi persona, la que más repudio! La tormenta había comenzado...

26 de diciembre de 2025

Mi madre... Nunca despertó. No sabemos el porqué. Tenía una larga vida por vivir. ¡¿Por qué?! Tenía que ver cumplido un sueño...

Solté unas lágrimas, estaba en el epicentro de la tormenta. En la libreta sólo seguían páginas rayoneadas, arrancadas, con sangre y lágrimas de un pasado en el que el destino fue inminente, hasta que en otra hoja volvía a escribir:

Me he vuelto parte del problema, estuve golpeando cosas, a punto de herir a los demás. Me he lastimado, he llorado.

Estoy desolado. ¿Qué será de mí sin la única persona que me apoyaba? Nada... El problema son los impulsos, la violencia, no puedo seguir con esto, si el problema lo ocasioné yo. ¡Tanto trabajo, tanto pensar y reflexionar para nada! No continuaré con esto.

Y así acabó el sueño. No debió, pero el motor dejó de funcionar. Seguí llorando, inevitablemente la tormenta paró y me quedé dormido.

A la mañana siguiente, al despertar, seguía sentado en mi silla. Comenzaba a amanecer una vez más. Al recuperar el sentido, recordé el día anterior y pareció que mil imágenes estaban en mi cabeza al mismo tiempo. Me empezó a doler la cabeza, después a tener problemas para respirar. ¡Intenté gritar!... Y caí de la silla donde estaba leyendo la libreta. Había perdido la conciencia por completo. Desperté en un hospital.

—¿Amor? —escuché una tenue voz—. ¿Amor? —lentamente, abrí los ojos a la velocidad que más pude—. Amor, despierta. Soy yo, Angélica. ¿Me recuerdas? —dijo angustiada.

—¡Cómo no recordarte! —sonreí. Cada que veía ese rostro, que escuchaba esa voz preocupada, hasta en el peor momento se volvía algo fantástico.

—¡Despertó, despertó! —escuché a los doctores decir en voz baja, y rápidamente me percaté de que me costaba moverme.

—Oye, mi vida, no te vayas —dijo sollozando—. Vas a estar bien —cayeron algunas lágrimas de sus ojos.

—¿Cómo no estarlo? —sonreí como nunca.

Ante tal felicidad sabía que no todo era color de rosa. Un tiempo después se acabó la visita y le pregunté al doctor, lo más serio que pude:

—¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—Estamos a 16 de Agosto, usted... —dijo la enfermera, cabizbaja, antes de que la interrumpiera.

—No diga nada más, sé lo que ocurre. Mañana, si es posible, quiero estar en mi casa —era mi última voluntad.

—Será un traslado nocturno —dijo otra enfermera—. Le pediré una silla de ruedas para mañana en la tarde. Esperemos que llegue a su casa en la noche.

—Gracias, de verdad no tengo cómo agradecer tal acto, más que con mi más humilde palabra: ¡Gracias! —dijo sollozando, sin aceptar aún mi destino.

—No me agradezca, es mi trabajo —respondió, y la noté satisfecha.

Estaba feliz como nunca. Dormí tranquilo. A la mañana siguiente aún no estaba dispuesto a aceptar mi destino, dar la batuta a alguien más. Quizá he vivido una vida llena de estrés, sin divertirme, esperando el día en que definitivamente desaparezca. Seguía pensando si realmente serviría de algo tanto esfuerzo que hice para que otros a mi alrededor sean felices y tomando decisiones correctas, no sabía de qué forma.

Unas horas después salí del hospital. Mi mujer me esperaba. Era una tarde bella, de cielo despejado, con un atardecer anaranjado. Avanzando al último lugar donde me gustaría estar, no había ruido, sólo la tranquilidad de ver el cielo mientras el sol descendía, acompañándome en mi último camino a casa. Era una gran despedida.

Llegué a casa, como me dijeron, de noche. Mi hijo estaba en cama, el pequeñín dormía con una gran tranquilidad. Estaba a punto de dormir; mi esposa, como siempre, rompió el silencio.

—¿Dormirás junto a mí, verdad? —se veía algo triste.

—Si pudiera, estaría hasta el fin contigo, y en cada momento te recordaría que te amo; aunque lo sepas ya, estaría seguro de que no se te olvide.

—Me dejaste sin palabras, como siempre amor —rio un poco—. ¡Te amo tanto!

Poco después, apagamos la luz y dormimos, o mejor dicho dormió. Esas palabras nunca las pude sacar de mi cabeza, “ ¡Te amo tanto! “. La tranquilidad había regresado a mí.

A la mañana siguiente, salí a la terraza. Tenía la libreta en la mano. Todo estaba tranquilo, hasta que escuché a mi hijo gritar:

—¡Ya me voy! ¡Salgo a jugar con mis amigos! —dijo entusiasmado.

Antes de irse, con los ojos más sinceros y puros que he visto, me dijo:

—¡Feliz Cumpleaños! —no pude contener una lágrima—. Lamento no tener tu regalo, pero lo tendré pronto, ¿sí? —dijo ansioso.

—Hijo, yo... —hubo un silencio tranquilo—. No necesito regalo; mi único regalo eres tú y tu felicidad. Te quiero dar algo —le entregué la libreta—. Esto es muy especial para mí, cuídalo bien.

—¡Cómo no hacerlo! —respondió él.

Asombrado por su respuesta, no hice más que sonreír: —Anda, ve a jugar—.

Cerré los ojos lentamente, viendo el paisaje mientras me mecía en la silla, hasta que mis ojos se cerraron completamente. Vi por última vez ese amanecer que me acompañaba, los carros pasar. Me despedía de ese paisaje que nunca me llegó a aburrir, recordaba la primera vez que lo vi, mis paseos por la ciudad, los amigos que hice —que sigo teniendo en cuenta y ellos a mí—, hasta que mis ojos se cerraron completamente, ignorando mi fallecimiento. Evitando el pasado y enfocándome en el futuro, ignoré el presente, pero finalmente lo acepté. Sólo pude ver una luz al final de un túnel largo, pero fácil de caminar. La atravesé.

Llegó mi mujer con un pastel, me dijo:

—¡Feliz cumpleaños, amor! ¿Amor?... —empezó a preocuparse—. Despierta, por favor... ¡No! —el plato del pastel cayó—. ¡No me hagas esto, por favor!

Mi cuerpo yacía en la silla, y, con una sonrisa, mi cabeza estaba apoyada en el respaldo.

Unos días más tarde, fue mi inevitable funeral. Estaban algunos viejos amigos y hasta mi hermano menor. Era una mañana lluviosa, el Sol estaba por salir. Todo estaba pintado de negro. Me dejaron

muchas flores, más de las que me hubiera imaginado. Junto a ellas, un retrato mío. La gente se empezó a disipar, quedando un lugar vacío, excepto por las últimas dos personas que, sabía, se irían al final. Estarían conmigo hasta cuando ya no puedo estar con ellos, en los peores y mejores momentos; eran lo más importante para mí, no necesitaba más compañía: eran mi hijo y mi esposa. No estaban llorando. Supe que leyeron mi libreta, podía descansar en paz. En ella venían las que son consideradas mis últimas palabras, mi última voluntad.

Para Angélica, mi amor y mujer:

Empiezo escribiendo esto dándote un consejo: no llores por mí, recuerda aquellos amaneceres que vivimos, esas noches, todo este tiempo juntos. No llores, recuérdame con una sonrisa. Siempre que me veas, sonríe por saber que logré ser lo que terminé siendo y dando todo de mí. Sobre todo, recuerda que te amé hasta el fin, que estar contigo fue mi verdadero presente.

Para Arturo, mi motor:

Hijo, existe lo bueno y lo malo. Siempre quise ver un amanecer donde nada malo pase, donde cada mañana todos los niños alistados puedan salir de sus casas para estudiar, donde sus compañeros sean todos amigos, en armonía; donde regresen a sus casas y sus padres estén esperándolos, y tengan la vida que de niño tanto me esforcé en disfrutar y vivir. Aunque lo malo no se pueda erradicar, siempre se verá la luz al final del túnel; cada quien decide verla o no, ignorarla, cuidarla o dejar que se apague.

20 de Agosto de 2051

Esta es una libreta que decidí utilizar, y en ella determinar lo que quiero hacer de grande: erradicar los problemas de la sociedad. Los cuales estaré enlistando, para encontrar una forma de solucionarlos. Para darle a otros la vida que mi padre siempre quiso de niño, darle a las personas que no se esforzaron en ser felices y vivir, una segunda oportunidad de ver la luz al final del túnel.

Fin

Tercera categoría
Primer lugar

Urbana Posterum

Shakti Natalia Crosthrwaytt Bonilla

En los confines de la historia

En los confines de la historia
vacía el imperio Romano. Característico por su
fabuloso desarrollo urbano. ¿Qué es una ciudad sin
sus ciudadanos? Roma inventó el concepto de
ciudadano.
Lo implementó y validó, otorgó voz a la ciudadanía,
puso servicios públicos y estructuró lo que hoy
conocemos como ciudad. El imperio Romano era un
gigante que se expandía y con cada conquista
repartía la modernidad. Los grandes edificios
Romanos, el sistema de acueductos, los servicios
públicos, la grandeza de los espectáculos y su
poderosa asamblea. El espíritu del imperio fue el de
un gigante. Este gigante se derrumbó.

Pero como se vino abajo tanto
esplendor, tanto poder.

La respuesta es sencilla, los ciudadanos. El imperio
creció tanto que al Mar Mediterraneo le llamaban el
Mare Nostrum porque todos los territorios que
daban salida al mar les pertenecieron. Debido a la
magnitud del imperio se volvió difícil mantener los
territorios controlados y evitar las invasiones
barbáricas. Las diversas guerras anunciaban la caída
estruendosa del imperio. ¿Que tienen que ver aquí
los ciudadanos?

Comenzó a abandonar las tierras para ir a la
guerra y por consecuencia de esto se desplomó el
sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus
ciudadanos?

El imperio llegó hasta Hispania que más tarde se
convertiría en lo que ahora conocemos como
España. Cuando cae el Imperio Romano de
Occidente se crea la ruta comercial más importante de aquel
momento, la llamada "Ruta de la Seda".

El imperio creció tanto que al Mar Mediterraneo
le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los
territorios que tienen salida al mar les pertene-
cieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió
difícil mantener los territorios controlados y evitar
las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anun-
ciaban la caída estruendosa del imperio. ¿Que
tienen que ver aquí los ciudadanos?

Comenzó a abandonar las tierras para ir a la
guerra y por consecuencia de esto se desplomó el
sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus
ciudadanos? El Imperio llegó hasta Hispania que
más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos
como España. Cuando cae el Imperio Romano de
Occidente se crea la ruta comercial más importante
de aquel momento, la llamada "Ruta de la Seda" lo
que conectaba a la India y China con Europa.
Cuando se cierra esta ruta comercial la corona
Española se ve obligada a buscar alternativas en
otras marítimas para comercializar con Asia. En
uno de los muchos intentos de llegar por mar, se
descubre un nuevo continente. Culturas bellísimas
vestían en el esplendorosas pero vulnerables que
posteriormente fueron dolorosamente corrompi-
das.

Nuestro pasado duele pero es importante para
comprender nuestro presente. Se funda la nueva
España y nuestro concepto de ciudad se ve fuerte-
mente modificado por nuestros ancestros, los
españoles, los romanos. Ocurrió la independencia.
Sucede que nuestra ciudad comienza a crecer,
expandirse y reinventarse como un corazón que
late con el alma de un gigante.

En Roma nacieron las ciudades y con ellas la
concepción de la modernidad. En la Ciudad de



de la historia

romano. Característico por su urbano. ¿Qué es una ciudad sin Roma inventó el concepto de

avalido, otorgó voz a la ciudadanía, públicos y estructuró lo que hoy o ciudad. El imperio Romano era un expandía y con cada conquista modernidad. Los grandes edificios sistema de acueductos, los servicios grandeza de los espectáculos y su mblea.

el Imperio fue el de un gigante. Este errumbó.

o se vino abajo tanto esplendor, tanto respuesta es sencilla. Los ciudadanos.

El imperio creció tanto que al Mar Mediterráneo le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los territorios que tienen salida al mar les pertenecieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió difícil mantener los territorios controlados y evitar las invasiones bárbaras.

Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del Imperio. ¿Qué tienen que ver aquí los ciudadanos?

Comenzar a abandonar las tierras para ir a la guerra, a consecuencia de esto se desplomó el sistema económico. ¿Qué es una ciudad sin sus ciudadanos?

El Imperio llegó hasta Hispania que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el Imperio Romano de Oriente

que conectaba a la India y China con Europa. Cuando se cierra esta ruta comercial la corona Española se ve obligada a buscar alternativas en rutas marítimas para comercializar con Asia. En uno de los muchos intentos de llegar por mar, se descubre un nuevo continente. Culturas bellísimas residían en él, esplendorosas pero vulnerables que posteriormente fueron dolorosamente corrompidas.

Nuestro pasado duele pero es importante para comprender nuestro presente. Se funda la nueva España y nuestro concepto de ciudad se ve fuertemente modificado por nuestros ancestros, los españoles, los romanos. Ocurre la independencia. Sucede que nuestra ciudad comienza a crecer, expandirse y reinventarse como un corazón que late con el alma de un gigante.

En Roma nacieron las ciudades y con ellas la

En los confines de la historia

yace el Imperio romano, caracterizado por su fabuloso desarrollo urbano. Roma inventó el concepto de ciudadano, lo implemento y validó; otorgó voz a la ciudadanía, puso servicios públicos y estructuró lo que hoy conocemos como ciudad.

El espíritu del Imperio romano era el de un gigante que se expandía, y con cada conquista, repartía la modernidad: los grandes edificios, el sistema de acueductos, los servicios públicos, la grandeza de los espectáculos y su poderosa asamblea. Pero este gigante se derrumbó... ¿Cómo se vino abajo tanto esplendor, tanto poder? La respuesta es sencilla: por los ciudadanos.

El imperio creció tanto, que al mar Mediterráneo le llamaban el *Mare nostrum*, porque todos los territorios que tenían salida al mar les pertenecieron. Debido a su magnitud, se volvió difícil mantener controlados los territorios y evitar las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del imperio. Pero, ¿qué tienen que ver aquí los ciudadanos? Pues abandonaron sus tierras para ir a la guerra y, a consecuencia de esto, se desplomó el sistema económico. ¿Qué es una ciudad sin sus ciudadanos?

El imperio llegó hasta Hispania, que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el Imperio romano de oriente se cierra la ruta comercial más importante de aquel momento, la llamada "Ruta de la seda", que conectaba a India y China con Europa. Con la ruta cerrada, la corona española se ve obligada a buscar alternativas marítimas para comerciar con Asia.

En los confines de la historia

los jueves después de clases, les preparo la comida, les ayudo con las tareas y vemos una película o platicamos durante varias horas. En esta ocasión, ellos me ayudarán a desempacar mis cosas, pues hoy me jubilé, después de 45 años de trabajo en uno de los periódicos más importantes de la ciudad: *Urbana Posterum*.

Dicen que en las casas de los ancianos llueven recuerdos. ¡Pues en mi sala hay una tormenta! Guardé en físico los periódicos que salieron día con día durante 45 años. Lo bello de la situación es que no son sólo mis memorias, sino los recuerdos de la vieja ciudad. Las ciudades se vuelven antiguas a cada minuto, la virtud de estos gigantes es el cambio. Necesito dos pares de manos jóvenes que me ayuden a ordenar el pasado impreso en los periódicos, que vienen todos revueltos en distintas cajas.

Suena el timbre. Nos recibimos como siempre, con un fuerte abrazo.

—¿Para qué nos citaste, abuelita? —preguntó mi niña.

Yo no les había dicho nada sobre el tema de jubilarme ni del desastre de la sala, sólo les prometí que cuando acabaran de ayudarme iríamos a cenar, pero no les dije con qué me ayudarían.

—Enseguida les muestro —los dirigí a la sala—. Las ciudades siempre se están moviendo, se caen y se levantan. Hoy hay un derrumbe en la sala. En todas esas cajas están la ruinas de 45 años de ciudad en constante cambio. Nuestra tarea será ordenarlas cronológicamente —les anuncié.

No pudieron evitar hacer las caras de asco tan características de los adolescentes cuando se les pide realizar alguna tarea “aburrida”. Pero luego les dije:

—Necesito su ayuda. Entre los tres vamos a acabar rápido y después me los llevo a cenar a donde quieran.

—Está bien —contestaron.

Cada uno tomó una caja y ocupó un sillón. Iríamos colocando los periódicos, cronológicamente, en una fila sobre el suelo. Mi nieta se detuvo a leer el encabezado del primer periódico que sacó de la caja.

de la historia
 Imperio Romano. Característico por su
 desarrollo urbano. ¿Qué es una ciudad an-
 tigua? Roma inventó el concepto de
 plano y valino, otorgó voz a la ciudadanía,
 los públicos y estructuró lo que hoy
 como ciudad. El Imperio Romano era un
 gigante que se expandía y con cada conquista
 repartía la modernidad. Los grandes edificios
 sistema de acueductos, los servicios
 grandezza de los espectáculos y su
 majestaa. El espíritu del Imperio fue el de
 un gigante se derrumbó.

no se vino abajo tanto
 tanto poder.

esencia. Los ciudadanos. El Imperio
 que al Mar Mediterráneo le daban el
 un porque todos los territorios que
 al mar les pertenecieron. Debido a la
 Imperio se volvió difícil mantener los
 controlados y evitar las invasiones
 diversas guerras anunciaban la caída
 del Imperio. ¿Qué tienen que ver aquí

abandonar las tierras para ir a la
 se descubrió de esto se despidió el
 mundo. ¿Qué es una ciudad sin sus

de hasta Hispania que más tarde se
 en lo que ahora conocemos como
 el Imperio Romano de Oriente
 la más importante de aquel
 llamada Ruta de la Seda.

como que al Mar Mediterráneo.
 “Mare Nostrum” porque todos los
 se pertenecían al mar les pertene-
 el inquilino del Imperio se volvió
 los territorios controlados y evitar
 las guerras. Las diversas guerras anón-
 da estrepitosa del Imperio. ¿Que
 va a pasar, ciudadanos?

abandonar las tierras para ir a la
 presencia de esto se despidió el
 mundo. ¿Qué es una ciudad sin sus

El Imperio llegó hasta Hispania que
 se descubrió de esto se despidió el
 mundo. ¿Qué es una ciudad sin sus
 el Imperio Romano de Oriente
 la más importante de aquel
 llamada Ruta de la Seda” lo
 a la India y China por Europa.
 esta ruta comercial la corona
 se ve obligada a buscar alternativas en
 las rutas marítimas para comercializar con Asia. En
 muchos intentos de llegar por mar, se
 nuevo continente. Culturas bellísimas
 esplendorosas pero vulnerables que
 fueron dolorosamente corrompi-

Nuestro pasado duele pero es importante para
 comprender nuestro presente. Se funda la nueva
 España y nuestro concepto de ciudad se ve fuerte-
 mente modificado por nuestros ancestros, los
 españoles, los romanos. Occidente independiente.
 sucede que nuestra ciudad comienza a crecer,
 expandirse y reinventarse con un corazón que
 late con el alma de un gigante.

En Roma nacieron las ciudades y con ellas la
 concepción de la modernidad. En la Ciudad de

URBANA CORPUS

En los confines de la historia

En los confines de la historia yacía el Imperio Romano. Carecía de un fabuloso desarrollo urbano. ¿Qué es un ciudadano? Roma inventó el concepto de ciudadano.

La implementación y validación de estos servicios públicos y estructuras nos los conocemos como ciudad. El imperio Romano creció y se expandió y con ella se repartía la modernidad. Los grandes territorios, el sistema de acueductos públicos, la grandiosidad de los edificios, la poderosa asamblea. El espíritu del imperio era un gigante. Este gigante se derribó y se vino abajo tanto por el exceso de respuestas es sencillas. Los ciudadanos.

El imperio creció tanto que al Mar del Norte llamaban el "Mare Nostrum" por los territorios que tenían control. Debido a la inestabilidad del imperio fue difícil mantener los territorios controlados por las invasiones bárbaras. La caída del imperio trajo consigo la caída de muchos de los territorios que hoy aquí los encontramos. Abandonar las tierras para ir a la búsqueda de algo ya de después.

¿Qué es una ciudad en sus confines? Llegó hasta Hispania en un momento en lo que ahora conocemos como la caída del imperio romano. El comercio fue importante. La ruta llamada Ruta de la Seda se llamó que al Mar del Norte. El "Mare Nostrum" porque todos los territorios que el imperio controlaba y controlados. Las diversas que las actividades de los ciudadanos. Comenzaron a abandonar la agricultura y se dedicaron a la guerra y a los negocios. El sistema económico de los ciudadanos.

El imperio llegó hasta Hispania y se convirtió en lo que ahora conocemos España. Cuando cayó el imperio romano se cierra la ruta comercial que se había llamado Ruta de la Seda. Se abría a la India y China. Con el comercio esta ruta comercial se convirtió en una ruta a buscar alternativas para los ciudadanos.

De llegar por mar se descubrieron nuevas culturas bellísimas, ricas y modernas, pero vulnerables que posteriormente fueron saqueadas y destruidas.

Nuestro pasado duele pero es importante comprender nuestro presente. De la España y nuestro concepto de ciudad ha sido fuertemente modificado por nuestros ancestros españoles, los romanos, crearon la ciudad. Sucede que nuestra ciudad comenzó a expandirse y reinventarse como un gigante con el alma de un gigante. En las ciudades y con ellas la concepción de la modernidad. En la Ciudad de México hace algunos años, cuando yo era joven, nació el futuro. Los romanos tenían su mar, nosotros tenemos nuestro futuro: el "Futura Nostra".

Los ciudadanos del Imperio de alguna manera contribuyeron fuertemente a su caída. Nosotros, ciudadanos podemos definir nuestro futuro.

Es importante entender el pasado para mejorar el futuro y sobre todo para saber en donde estamos parados, cuál es nuestro presente y que podemos hacer al respecto. La CDMX, tiene orígenes.

—¿Qué es "Alerta Amber"? —me preguntó mi nieto, y enseñada me miró confundido.

—Encontraste uno de los periódicos más viejos. Me alegra que su generación no lo sepa... La Alerta Amber se activaba cada que alguien desaparecía. El México que conocen no siempre ha sido así, con sus calles seguras y alumbradas. Cuando yo era joven, era peligroso salir a caminar de noche, inclusive de día. Había muchas personas desaparecidas. Si alguien se extraviaba, se activaba la Alerta Amber. Ésta difundía información sobre la persona desaparecida: el último lugar en donde se le vio, su foto y un número telefónico por si alguien sabía algo o la había visto.

—¿Como en este anuncio? —preguntó mi nieta, señalando un recuadro en el periódico.

—Sí. Se darán cuenta de que, mientras más cercano sea el periódico a la fecha de hoy, irá disminuyendo el número de alertas Amber. Ésta fue una de las épocas más terribles por las que hemos pasado, pero también una situación de la que logramos salir adelante. Recordar un error es muy importante, es como cuando entras a la casa de alguien por primera vez y te tropiezas con el escaloncito que hay antes de la puerta; así, la próxima vez que entres recordarás que ya te tropezaste con él y tendrás más cuidado. Quizá te tropieces otras veces después, pero no siempre.

—¿Y qué significa "Ur-ba-na pos-te-rum"? —preguntó mi nieto.

—"La ciudad del futuro" —respondí—, está escrito en latín. Este periódico, desde su inicio, buscó informar acerca de las cosas buenas que ocurrían en la ciudad, que, a veces, parecen estar ocultas. También pueden encontrar en él artículos sobre las innovaciones que se llevaron a cabo en la capital.

—¿Como qué? —preguntó mi nieto.

Tomé un periódico al azar y le pedí que leyera en voz alta un artículo que yo había escrito.

El artículo que yo había escrito era sobre la importancia de recordar los errores del pasado para mejorar el futuro. Había escrito que la ciudad del futuro no sería perfecta, pero que sí sería mejor que la actual. Había escrito que la ciudad del futuro debería ser una ciudad que se preocupara por sus ciudadanos y que los tratara como seres humanos.

El artículo que yo había escrito era sobre la importancia de recordar los errores del pasado para mejorar el futuro. Había escrito que la ciudad del futuro no sería perfecta, pero que sí sería mejor que la actual. Había escrito que la ciudad del futuro debería ser una ciudad que se preocupara por sus ciudadanos y que los tratara como seres humanos.

**El nuevo aire limpio
(2036)**

Los últimos tres años, hemos tenido un sin fin de mañanas en las que la Ciudad de México amanece cubierta por una densa nube gris, pero la situación ha empeorado: ya ni siquiera se alcanzan a ver las tenues siluetas de los edificios. La nube contiene una alta concentración de partículas PM 2.5 (hechas de polvo, hollín y sustancias químicas, entre otro tipo de materiales), que son imperceptibles a simple vista y muy dañinas para la salud, pues se mueven con facilidad dentro de nuestros pulmones mientras respiramos. Como consecuencia de esto, se han suspendido clases en múltiples ocasiones y en todos los niveles educativos. El problema se volvió aun más alarmante cuando las aves comenzaron a morir a causa de la mala calidad del aire.

La explicación de por qué se forma esta nube tóxica es que nuestra megalópolis está rodeada por montañas; vivimos en un valle y las corrientes de aire son muy escasas. A consecuencia de ello, la contaminación se concentra con el paso de los días, hasta que alcanza niveles que representan riesgos para la salud de la población. Ante la contingencia, se han dado recomendaciones como salir lo menos posible de casa, usar cubrebocas en exteriores, no realizar actividad física al aire libre y poner especial atención en los niños.

Todo esto sucedió, al menos, hasta hace unas semanas, pues un grupo de estudiantes del último semestre de ingeniería en la UNAM y la UAM desarrollaron un sistema de ventilación y purificación para el valle de la Ciudad de México. ¿En qué consiste? Diseñaron dos ventiladores gigantes ubicados en posiciones favorables sobre las montañas que están alrededor de la ciudad, para ayudar a que las corrientes de aire fluyan con mayor facilidad y no se queden estancadas.

También construyeron cuatro purificadoras gigantes, que están colocadas, al igual que los ventiladores, en lugares favorables para filtrar y limpiar el aire. Todo este sistema es impulsado por la energía del sol. Detrás de cada purificador se perforó la montaña y se hizo un túnel, similar al de una carretera, para incrementar el flujo de aire, así, éste se estaría renovando constantemente. Dos de los purificadores se encargan de expulsar aire del valle y los otros dos de absorber aire nuevo, creando así un intercambio con el aire del exterior. Sin duda, es una solución impresionante e innovadora.

En los confines de la historia

En los confines de la historia
yacia el imperio Romano. Característico por su
fabuloso desarrollo urbano. ¿Que es una ciudad sin
sus ciudadanos? Roma inventó el concepto de

o y valioso otorgo voz a la ciudadanía,
públicos y estructuro lo que hoy
mo ciudad. El imperio Romano era un
se expandió y con cada conquista
modernidad. Los grandes edificios
sistema de acueductos, los servicios
magnitud de los espectáculos y su
altas. El espíritu del imperio fue el de
te gigante se delirando.

no se vino abajo tanto
tanto poder?

esencia. Los ciudadanos. El imperio
real Mar Mediterráneo le llamaban el
el porque todos los territorios que
el mar les pertenecieron. Debido a la
tráfico se volvió difícil mantener los
controlados y evitar las invasiones.
diversas guerras anunciaban la caída
el imperio. ¿Que tienen que ver aquí

abandonar las tierras para ir a la
se cambio de esto se despidió el
ruca. ¿Que es una ciudad sin sus

ge hacia Hispania que mas tarde se
llamada que ahora conocemos como
España. El imperio Romano de Oriente
la ruta mas importante de aquel
tiempo. Ruta de la Seda.

El imperio llego hasta Hispania que
llamada "Mare Nostrum" porque todos los
territorios pertenecieron al imperio.
Cuando el imperio se volvió
difícil mantener los territorios controlados y evitar
las invasiones. Las diversas guerras
anunciaban la caída del imperio. ¿Que
tienen que ver aquí?

abandonar las tierras para ir a la
se cambio de esto se despidió el
ruca. ¿Que es una ciudad sin sus

El imperio llego hasta Hispania que
llamada que ahora conocemos
España. Cuando cae el imperio Romano de
Oriente la ruta comercial mas importante
del mundo llamada "Ruta de la Seda" lo
conecta a la India y China con Europa.
Roma esta muy comercial la corona
esta obligada a buscar alternativas en
el mar para comercializar con Asia. En
muchos intentos de llegar por mar se
devo naufragar. Culturas bellisimas
resplandorosas pero vulnerables que
fueron dolorosamente corrompi-

do duelo pero es importante para
nuestro presente. Se funda la nueva
España y nuestro concepto de ciudad se ve fuertemente
modificado por nuestros ancestros, los
españoles, los romanos. Occidente independiente.
sucede que nuestra ciudad comienza a crecer,
expandirse y fortalecerse. Un corazón que
late con el alma de un gigante.

En Roma naciéron las ciudades y con ellas la
concepción de la modernidad. En la Ciudad de

En los confines de la historia

también conserva el característico color anaranjado de su antecesor, sólo que ahora el tren va muchísimo más rápido y no se descompone. Antes, cuando llovía o simplemente de vez en cuando, el convoy solía dañarse y se detenían los vagones dentro de los túneles. A veces tardaban sólo unos minutos para volver a andar, pero otras se demoraban un par de horas. Un detalle muy característico del Metro, era su caos: como mucha gente lo usaba para llegar a su casa, ¡en hora pico parecía una batalla campal!

—¡Qué mala suerte para aquellos que no tenían coche! —dijo mi nieto.

—Los ciudadanos que tenían autos no eran inmunes al caos, pero el suyo era distinto, muy tranquilo, casi a vuelta de rueda —comenté.

—¿Tienes algún artículo que hable sobre eso? —preguntó mi nieta.

—Sí. Tengo varios —respondí.

Me demoré algunos minutos buscando uno. Lo encontré y se lo di para que nos lo leyera.

Revivió la esperanza de los conductores (2048)

El tráfico, siempre el tráfico. Ya ni siquiera respeta la hora. Quince, veinte, cuarenta y cinco minutos a vuelta de rueda, a vuelta de nada. Las luces rojas de los autos y los cláxones desesperados se rinden después de la primera media hora, pues los conductores se cansan de protestar por una causa perdida: llegar a tiempo a donde fuere que querían llegar. O simplemente volver a casa, acaso descansar, después de un largo día de trabajo. La hora pico no sólo sucede en el transporte público, sino que también se apodera de las grandes avenidas de la ciudad, de las estrechas calles que muchos llaman “atajos”, de los puentes y los semáforos. Transitar se vuelve difícil, tedioso y más en una ciudad constantemente cambiante. Las calles, los túneles, los puentes, las avenidas nunca son las mismas; se desdibujan y se trazan nuevamente para dar paso a nuevos caminos, a nuevas soluciones para que los conductores no pierdan la esperanza camino a casa.

URBANA CORPUS

En los confines de la historia

En los confines de la historia

yacia el imperio Romano. Característica fabuloso desarrollo urbano. ¿Que es una ciudad sus ciudadanos? Roma inventó el concepto ciudadano.

Lo implemento y valido otorgo voz a la ciudad. puso servicios publicos y estructura lo que conocemos como ciudad. El imperio Romano gigante que se expandia y con cada conquista repartia la modernidad. Los grandes Romanos, el sistema de abastecimiento de los publicos, la grandezza de los emperadores, poderosa 5 s. amplia. El espíritu del imperio un gigante. Este gigante se demania y se vino abajo tanto esplendor tanto por respecto es sencillo. Log ciudadano.

El imperio crecio tanto que al Mar Mediterraneo llamaban el "Mare Nostrum" porque los territorios que tienen salida al mar se hicieron. Debido a lo masoñun del imperio se oficio mantener los territorios controlando las invasiones las baras. La diversidad de ciudades la caída estruendo de la ciudad que tienen que ver aquí las ciudades que abandonan las tierras para ir a la búsqueda de agua se desplazan y el imperio.

¿Que es una ciudad sin sus ciudadanos? Llego hacia Hispania que más tarde se convirtió en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio romano se cierra la ruta comercial que atravesaba el momento la llamada "ruta de la seda" que iba a la India y China. En un momento esta ruta comercial se convierte en un sistema económico que es necesario para los ciudadanos?

El imperio llego hasta Hispania y se convirtió en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio romano se cierra la ruta comercial que atravesaba el momento la llamada "ruta de la seda" que iba a la India y China. En un momento esta ruta comercial se convierte en un sistema económico que es necesario para los ciudadanos?

De llegar por mar se nos podría unir a las Culturas bellísimas, residían en él, pero vulnerables que pronto fueron sistemáticamente corrompidas.

Nuestro pasado debe ser para comprender nuestro presente. De la España y nuestro concepto de ciudad, fuere modificado por nuestros antepasados, los romanos, de este modo. Sucede que nuestra ciudad comenzó a expandirse y reinventarse como un laté con el almor de un gigante. En las ciudades y con ellas la concepción de modernidad. En la Ciudad de México ayer, cuando yo era joven, nació el futuro. Los romanos tenían su mar, nosotros tenemos nuestro futuro: el "Futura Nostro".

Los ciudadanos del Imperio de alguna manera contribuyeron fuertemente a su caída. Nosotros, ciudadanos podemos definir nuestro futuro.

Es importante entender el pasado para mejorar el futuro y sobre todo para saber en donde estamos parados, cual es nuestro presente y que podemos hacer al respecto. La CDMX, tiene orígenes.

primera sería de arena; la segunda, de piedras de granito; la tercera, de más arena; y la cuarta, de grava. Se colocarían en ambos lados de la calle, así se ayudaría a las coladeras con la cantidad de agua que tienen que tragar, se evitarían las inundaciones y se contribuiría a aumentar el agua potable en nuestra ciudad.

A los pocos meses de que se mandaron a hacer las ranuras en la delegación, fueron un éxito. Quizá el problema de la falta de agua tardó un año más en regularse, porque dependía de otros factores, pero las inundaciones se fueron enseguida, se extraviaron dentro de las ranuras. Tanto éxito tuvo el proyecto que, al cabo de unos años, todas las calles y avenidas de la ciudad contaban con ranuras.

Terminé de leer y mi nieta comentó:

—La ciudad en la que creciste, abuela, es muy distinta a la de ahora. Creo que nunca he escuchado en las noticias que alguien desaparezca. Tampoco me ha sucedido que me cancelen clases por la contaminación. No he sido testigo de ninguna inundación y tampoco conozco a alguien que sí. Mucho menos me ha tocado un caos en el Metro cuando regreso de la escuela a mi casa. Estoy agradecida por eso.

—Abuela, todo lo que hemos leído, ¿Lo escribiste tú? —preguntó mi nieto.

—Sí.

—¿Cómo es que lograron que la ciudad cambiara tanto? —volvió a preguntar.

—Trabajando en equipo; los ciudadanos y el gobierno.

La ciudad que narro es la misma que la tuya, lector, y está sólo a unos cuantos cambios de distancia. Y la ciudad en la que ahora vivimos tú y yo, es la ciudad que me gustaría narrarles a mis nietos, quizá sólo para recordar cosas buenas y lo mucho que habremos progresado. Me encantará, a mis 65 años, mirar hacia atrás y saber que el futuro siempre fue nuestro.



En los confines de la historia

En los confines de la historia yacia el imperio Romano. Característico por su fabuloso desarrollo urbano ¿Qué es una ciudad sin sus ciudadanos? Roma inventó el concepto de ciudadano. El implemento y validó, otorgó voz a la ciudadanía, puso servicios públicos y estructura lo que hoy conocemos como ciudad. El imperio Romano era un gigante que se expandía y con cada conquista repartía la modernidad. Los grandes edificios romanos, el sistema de acueductos, los servicios públicos, la grandeza de los espectáculos y su poderosa armada. El espíritu del imperio fue el de un gigante. Este gigante se derrumbó.

¿Pero cómo se vino abajo tanto esplendor, tanto poder?

La respuesta es sencilla. Los ciudadanos. El imperio creció tanto que al Mar Mediterraneo le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los territorios que tenían salida al mar les pertenecieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió difícil mantener los territorios controlados y evitar las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del imperio. ¿Que tienen que ver aquí los ciudadanos?

Al perder a abandonar las tierras para ir a la guerra se desdobló de esto se desplomó el sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus ciudadanos?

El imperio llegó hasta Hispania que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio Romano de Occidente surge la ruta comercial más importante de aquel entonces la llamada "Ruta de la Seda".

El imperio creció tanto que al Mar Mediterraneo le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los territorios que tenían salida al mar les pertenecieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió difícil mantener los territorios controlados y evitar las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del imperio. ¿Que tienen que ver aquí los ciudadanos?

Al perder a abandonar las tierras para ir a la guerra se desdobló de esto se desplomó el sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus ciudadanos? El imperio llegó hasta Hispania que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio Romano de Occidente surge la ruta comercial más importante de aquel entonces la llamada "Ruta de la Seda" que conectaba la India y China con Europa. Esta ruta comercial la corona obligada a buscar alternativas en el mundo para comercializar con Asia. En los intentos de llegar por mar se dejó naufragante. Culturas bellísimas y esplendorosas pero vulnerables que fueron dolorosamente corrompi-

do desde pero es importante para el nuestro presente. Se funda la nueva concepción de ciudad se ve fortalecida por nuestros ancestros, los romanos. Ocurre la independencia, que nuestra ciudad comienza a crecer, se y reinventarse como un corazón que el alma de un gigante.

Como nacieron las ciudades y con ellas la concepción de la modernidad. En la Ciudad de

cyerán cuando en era joven, y al no el futuro. Los romanos tenían su propia versión de un futuro, el Futuro Nuestro. La importancia del imperio de ninguna manera disminuyó. Los romanos, que algunos llaman ciudadanos, se inventaron el concepto de ciudadanía. El implemento y validó, otorgó voz a la ciudadanía, puso servicios públicos y estructura lo que hoy conocemos como ciudad. El imperio Romano era un gigante que se expandía y con cada conquista repartía la modernidad. Los grandes edificios romanos, el sistema de acueductos, los servicios públicos, la grandeza de los espectáculos y su poderosa armada. El espíritu del imperio fue el de un gigante. Este gigante se derrumbó.

¿Pero cómo se vino abajo tanto esplendor, tanto poder?

La respuesta es sencilla. Los ciudadanos. El imperio creció tanto que al Mar Mediterraneo le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los territorios que tenían salida al mar les pertenecieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió difícil mantener los territorios controlados y evitar las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del imperio. ¿Que tienen que ver aquí los ciudadanos?

Al perder a abandonar las tierras para ir a la guerra se desdobló de esto se desplomó el sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus ciudadanos?

El imperio llegó hasta Hispania que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio Romano de Occidente surge la ruta comercial más importante de aquel entonces la llamada "Ruta de la Seda".

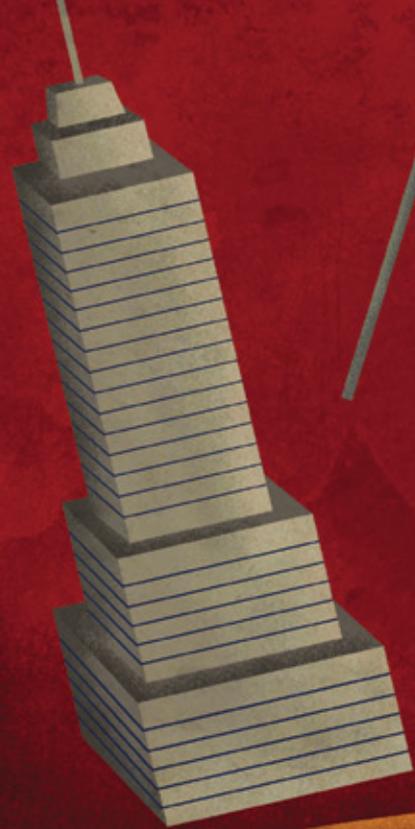
El imperio creció tanto que al Mar Mediterraneo le llamaban el "Mare Nostrum" porque todos los territorios que tenían salida al mar les pertenecieron. Debido a la magnitud del imperio se volvió difícil mantener los territorios controlados y evitar las invasiones bárbaras. Las diversas guerras anunciaban la caída estruendosa del imperio. ¿Que tienen que ver aquí los ciudadanos?

Al perder a abandonar las tierras para ir a la guerra se desdobló de esto se desplomó el sistema económico. ¿Que es una ciudad sin sus ciudadanos? El imperio llegó hasta Hispania que más tarde se convertiría en lo que ahora conocemos como España. Cuando cae el imperio Romano de Occidente surge la ruta comercial más importante de aquel entonces la llamada "Ruta de la Seda" que conectaba la India y China con Europa. Esta ruta comercial la corona obligada a buscar alternativas en el mundo para comercializar con Asia. En los intentos de llegar por mar se dejó naufragante. Culturas bellísimas y esplendorosas pero vulnerables que fueron dolorosamente corrompi-

do desde pero es importante para el nuestro presente. Se funda la nueva concepción de ciudad se ve fortalecida por nuestros ancestros, los romanos. Ocurre la independencia, que nuestra ciudad comienza a crecer, se y reinventarse como un corazón que el alma de un gigante.

Como nacieron las ciudades y con ellas la concepción de la modernidad. En la Ciudad de







Tercera categoría
Segundo lugar

El encuentro de dos Méxicos

Julieta Regina León Marín



Para entender un poco más esta historia, es necesario recordar al gran imperio que algún día fuimos, pero, más que otra cosa, abrir nuestra imaginación a una potencia inimaginable: el gran Imperio azteca, reconocido por la construcción de miles de monumentos mucho antes que los egipcios, por trazar un mapa de las estrellas como cualquier astrónomo europeo y, además, porque en lo alto de una montaña mexicana al lado de un lago, construyeron una de las ciudades más grandes del planeta.

El Imperio azteca fue una de las civilizaciones más sofisticadas, y fundó nuestra gran ciudad, que tuvo leyes contra la embriaguez, el robo y el adulterio, donde la educación fue obligatoria tres siglos antes que en los Estados Unidos; ciudad de poetas filósofos y matemáticos, quienes valoraban el arte y la literatura, quienes tenían una armonía con la naturaleza.

La historia comienza contándonos la vida cotidiana de una niña náhuatl llamada Canek, y nos remonta algunos siglos atrás, al año 1504. Canek vivía una infancia relativamente igual a la de las demás niñas, era casi como el resto de ellas. Lo que podría diferenciarla sería que ella no conoció a su madre y, como su padre era un grande y reconocido guerrero jaguar, casi nunca lo veía. Aun así, Canek creció con mucho amor por parte de su abuela, la gran chamana Mictla.

Se acercaban las fechas de la celebración en la cual todos se reunían a rendirle tributo a Coatlicue, la diosa de la fertilidad; le agradecían y compartían su victoriosa cosecha. Llegó el día



y el pueblo festejaba, pero Canek se percató de que su abuela no había asistido a ningún evento. Sin darle mucha importancia, decidió ir a su chinampa a preguntarle el porqué de su ausencia.

Apenas iba entrando, cuando notó algo diferente... Al principio no supo en qué, pero lo diferente estaba en el aspecto de su abuela.

—¿Sijtli?! —dijo Canek, Asustada.

La abuela, sin dar respuesta alguna, sólo la miró. Canek se acercó a ella, la tomó del hombro, y, todavía asustada, le preguntó de nuevo: —¿Sijtli?!— (¿Qué tiene?!). Prestando un poco más de atención, notó que su abuela estaba pintando, pero no eran pinturas que ella entendiera. Entonces, le dijo: —¿Qué es todo esto?—. A lo que la abuela, susurrando, le respondió: —Nos van a sepultar, y no bajo escombros, sino en los recuerdos—.

Muy asustada, Canek salió corriendo a buscar ayuda, pues temía que su abuela estuviera enloqueciendo. Tras preguntar por todas partes, encontró a un anciano, amigo de su abuela, quien se ofreció a ayudarla. Apenas se acercaron a ella y comenzó a hablar una lengua totalmente distinta, sin escuchar las razones del anciano. Éste se alejó, diciendo que no conocía cura para lo que fuera que tuviera su abuela.

La situación empeoró. La abuela comenzó a olvidar cosas tan simples como comer o dormir, incluso que Canek era su nieta; constantemente le preguntaba —¿Y tú quién eres, hermosa joven?—.

En un arranque de angustia, Canek salió sin rumbo a buscar a su padre, pues ya no sabía a quién más recurrir que pudiera ayudar a su abuela.

En su camino, se encontró con un nuevo lugar, uno que nunca había visto ni del que hubiera oído. Se sentía sumamente confundida, pues juraba que ya había pasado por ahí; sin embargo, no recordaba nada de lo que estaba viendo.

No se entretuvo más ahí, y siguió su andar en busca de su padre. Pronto se haría de noche y no tenía ni la más mínima idea de cómo regresar a su aldea, pues ni siquiera sabía con claridad en dónde se encontraba.

Pasó un largo tiempo, se notaba cansada, sin esperanzas de nada. En un punto, ya no pudo más y se tiró a llorar en el regazo de un viejo árbol. Un hermoso colibrí se acercó; Canek, desconsolada, y por el gran respeto que se le tiene en su mitología a los colibríes, decidió desahogarse con él: le contó lo mal que lo estaba pasando por la situación con su abuela y lo sola que se sentía al no tener a su padre en momentos tan críticos.

El colibrí, de alguna extraña manera, parecía escucharla y comprenderla. Ella, al sentirse entendida, se pudo tranquilizar, y dejó caer la última de sus lágrimas sobre el colibrí.

Entonces, ocurrió algo que nunca nadie creería jamás: el bosque se iluminó de una manera incomprensible, deslumbrando sus ojos mientras el colibrí cobraba forma de hombre. Canek, anonadada, quiso huir, pero de alguna extraña manera se sentía segura estando ahí.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres?, ¿qué haces aquí? —preguntó Canek asustada.

El colibrí, ahora hombre, muy tranquilo le contestó:

—Mi nombre es Tenoch, el gran guía de los



aztecas, y vengo a ayudarte. Te daré dos de mis plumas; la primera te llevara a un lugar que ya conoces, pero varios siglos en el futuro. Ahí podrás entender la situación que está pasando tu abuela, para ayudarla. La segunda te dará un destino totalmente opcional, pues con ella puedes regresar a este momento, pero igual puedes hacer tal vez algo mejor.

Canek, sumamente confundida, no sabía cómo actuar o qué respuesta dar, aun así, las ganas de ayudar a su abuela la vencieron y aceptó las dos plumas. Tenoch le dijo: —Canek, acabas de aceptar cumplir una misión, y no es solamente encontrar la cura para tu abuela; pero si así tú lo deseas, podrás regresar en cualquier momento—. Canek no entendió a qué se refería Tenoch; aun así, aceptó la misión.

—Viajarás cinco siglos al futuro, al 2019. Tienes que estar preparada y ser muy fuerte, pues yo ya no estaré ahí —dijo Tenoch.

Canek se tomó un tiempo para pensar. Cuando por fin se sintió totalmente segura, el lugar donde encontró a Tenoch volvió a la normalidad, y se encontró sola, con un par de hermosas plumas de colibrí al pie del viejo árbol, iluminadas por un rayo de luna.

Las tomó y se llevó una gran sorpresa: de golpe se encontró en otro lugar que, totalmente diferente, le parecía otro mundo. Estaba lleno como de monumentos que obstruían todo a la vista, personas avergonzadas de sus cuerpos, en un ambiente con demasiados colores y olores, no todos agradables.

La búsqueda de la cura para su abuela había iniciado. Canek moría de miedo, pues se encontraba

totalmente sola, aun así, se armó de valor, se acercó a una joven y le preguntó: —¿Dónde es aquí?—. La joven contestó —Es el zócalo de la Ciudad de México—. Canek, muy confundida, hizo otra pregunta: —¿Qué año es?—, ya que recordaba que Tenoch le había dicho que viajaría al futuro. La joven, burlona, le contestó: —¡2019, siglo XXI, amiga!—.

Apenas terminó la oración y un escándalo llamó su atención: dos hombres montados en un transporte extraño sobre ruedas estaban robándole sus pertenencias a una anciana. Canek, al ver que nadie había reaccionando ante la situación, salió huyendo de ahí.

Alterada, caminaba, y no podía concentrarse en otra cosa que no fueran los muchos desperdicios que había en cualquier lugar por el que pasaba, así como en la cantidad de gente que se gritaba entre sí sin razón alguna; el humillante modo en que trataban a algunas personas sólo por su condición de vida, lo crueles que eran con seres tan puros como los perros; pero, sin duda, lo que más le lastimaba era que en todo alrededor no hubiera ningún área iluminada por el bello color verde de la naturaleza, y que tampoco notaba el toque de armonía que dan las distintas especies de animales y, lo peor: no entendía la despreocupación de todos ante esta situación. Canek quería salir huyendo de aquel horrible lugar, pues no importaba a dónde fuera, el patrón era el mismo.

El amor por su abuela la mantenía ahí, pero ella sabía que pronto se haría de noche. Moría de hambre y aún no tenía idea de cómo ayudar a su abuela. Caminando, un olor llamó su atención —no muy agradable, pero su hambre era mayor—;





se dejó guiar por él y llegó a un lugar donde había muchas personas comiendo, casi como en las celebraciones de agradecimiento. Pero se llevó una mala sorpresa, pues todos ahí la rechazaron y juzgaron sin conocerla.

Salió huyendo nuevamente, pero, esta vez, un anciano de aspecto interesante se acercó a ella con la intención de compartir su cena. Canek recuperó las esperanzas al darse cuenta de que no todos eran iguales. Platicando con el anciano, llegó la noche. Éste le pidió que descansara y le propuso que, a la mañana siguiente, él personalmente la acompañaría en su búsqueda.

Esa noche, Canek no pudo dormir, pues pensaba en la cura y recordaba las palabras que le dijo su abuela, que sus memorias serán enterradas bajo escombros. Así era: a lo largo del día pudo notar que no estaba equivocada ni mucho menos enloqueciendo, pues tenía mucha razón, todos ahí habían olvidado los valores que sus antepasados les habían heredado, todos ahí habían olvidado el imperio y los grandes guerreros que algún día fueron.

En ese momento descifró cuál era la cura y, sin pensarlo, tomó la segunda de sus plumas, pidiendo un deseo:

—¡Vida, destino, naturaleza, por favor, no permitan que este pueblo olvide su historia para que no se condene a repetirla! ¡Por favor, regrésenle la humanidad a la humanidad!

Amaneció. Canek despertó y vio a su abuela, que la apresuraba, pues ya iniciarían las celebraciones para la diosa Coatlicue. Al levantarse, vio caer dos plumas de colibrí, y entonces se dio cuenta de la hermosa pesadilla que había tenido.





Tercera categoría
Tercer lugar

La tenacidad de Hugo

Samuel Lechuga Gutiérrez



Dirijo la vista a la esquina de la pantalla de mi ordenador portátil. Ya son las ocho de la mañana y no consigo terminar el proyecto de matemáticas. Pienso en si debería terminarlo o dormir y entregarlo sin terminar, ya que siento que mi cerebro no está dispuesto a pensar más. Me doy cuenta de que debo esforzarme para obtener una buena calificación; de todos modos, éste es el último proyecto y podré descansar todas las vacaciones.

Escucho los gritos de mi mamá, provenientes de la cocina. Nos llama para que mi hermana y yo bajemos a desayunar. Estoy a punto de gritarle que comeré más tarde, pero decido tomar un descanso y bajar.

Me levanto de la silla muy rápido y un gran mareo se hace presente. Toda mi visión se torna negra, consigo apoyarme en la mesa antes de caer. Espero un momento ahí, de pie; definitivamente, no dormir nada me afectará todo este día.

Al bajar a la sala, me encuentro con mi hermana, Sara, sentada y comiendo cereal con leche. Ella me ve y noto su mirada de preocupación.

—¿Por qué traes puesta la misma ropa de ayer?

—No he dormido nada —le contesto con indiferencia.

Ella me mira de pies a cabeza, con lástima. Le sonrío un poco y me siento a su lado. No puedo evitar sentir asco al ver toda la comida; no siento ni una pizca de hambre. ¿Será por no dormir?

Veo la televisión. Hay un reportaje sobre secuestros de mujeres en el metro. La reportera



explica que la mayoría de los secuestradores tienen el mismo *modus operandi*, consistente en tomar a la mujer por los brazos y simular que tienen una pelea de pareja; así, a la gente de alrededor no le parece extraña la situación. Después, salen de la estación para subirlas a un coche y privarlas de su libertad. Afortunadamente, muchas han logrado salvarse y pueden contar sus experiencias, para evitar que más sucesos similares ocurran.

No logro entender cómo una persona puede ser tan inhumana que cometa tales atrocidades. Siempre he pensado que la educación, tanto en casa como en la escuela, es fundamental para que una persona sea cívica, respetuosa con los demás y ayude a cambiar la situación actual de la Ciudad de México. Pero es lamentable ver que, teniendo aquí tantas oportunidades de educación y programas de apoyo, muchas personas dejan la escuela y se dedican a asaltar, secuestrar y matar a la gente que sí trata de hacer algo por el país. El cambio está en uno mismo y se necesita de todos, pero será difícil si los niños tienen padres que cometen delitos.

Mi mamá entra apurada a la sala, toma su bolso de una silla y se dirige a nosotros.

—Es hora de irme, hijos —ella voltea a verme—. Jonathan, hoy tengo que pedirte que vayas por tu hermana cuando salga de la secundaria, estaré hasta tarde en el trabajo.

—Está bien mamá, hoy salgo temprano —le contesto.

Antes de irse, nos da un beso a cada uno. Nunca lo hace. ¿Por qué lo hizo ahora? Ella sale por la puerta y se va. Mi hermana y yo nos quedamos solos, cada uno sube a su habitación.

Veó mi celular, ya son las nueve. Tengo que apurarme para terminar el proyecto e ir a imprimirlo. Muchas veces le he rogado a papá que envíe más dinero desde Estados Unidos y así pueda comprar una impresora, pero nunca le alcanza. Me resulta increíble pensar que, trabajando mis dos padres, uno de ellos en el extranjero, aún nos falte dinero. ¿Tan mal está la economía en México? Por eso nunca dejaré de estudiar. Con una carrera ter-

minada podré traer más dinero a casa y mi papá regresará de Estados Unidos.

Pensar esto me motiva y sigo trabajando. Pasan tres horas y al fin termino el trabajo, transfiero el documento a una USB y me preparo para salir a imprimir.

Antes de eso, me doy cuenta de que mi celular no ha dejado de vibrar desde hace 10 minutos o más. Lo prendo. Tengo 117 mensajes del grupo de mi salón. ¿Habrá pasado algo?

Al abrir los mensajes, leo que varias de mis compañeras están inquietas por ir a la escuela. Tienen que usar el metro para llegar y les preocupa que las secuestren. Algunos compañeros ya se han ofrecido para verlas en la estación cercana a la escuela e irse juntos. ¿Cómo es posible que una mujer tenga miedo de salir? ¿Por qué tiene que pasar esto?

Voy al cuarto de mi hermana y abro la puerta. Ella está acostada, leyendo un libro de química.

—Quiero que me mandes mensaje cuando llegues a la secundaria —le ordeno—. Tienes que cuidarte al salir del metro, por todo lo que está pasando. Si pudiera llevarte lo haría, pero lamentablemente no puedo.

—Está bien, lo haré —se sienta en la cama y me ve—. Muchas de mis amigas también están preocupadas, más por ser del turno vespertino. Afortunadamente, tú puedes ir por mí.

Le sonrío y salgo de la casa. Camino hacia la papelería, que se encuentra a cinco cuadras. En una esquina hay un señor sentado, sosteniendo una gorra con la mano extendida. Las personas pasan y lo ignoran. Un hombre lo ve con desprecio; se mete los dedos a la boca y tira su chicle en la gorra del señor.

¡¿Qué demonios le pasa a ese desgraciado?! Aún peor, una señora comienza a reírse por la acción del hombre. El hombre de la gorra comienza a llorar y avienta el chicle al suelo.

Me cuesta creer que esto en realidad ha ocurrido. ¿Qué tan mal está la sociedad para hacer esto y que algunas personas lo aplaudan? Muy pocos tienen algo de solidaridad. Si tan sólo los





valores fueran tomados con más importancia, todo sería diferente.

Llego a donde él está sentado y pongo una moneda de diez pesos en su gorra. El señor sube la mirada; —Gracias —dice, mientras se limpia las lágrimas con la manga sucia y rota.

Me da mucha tristeza verlo así y trato de no llorar. Sigo caminando hasta llegar a la papelería, imprimen mi trabajo y lo engargolan. De regreso a casa, me alegro de que varias personas se detienen dónde está el señor y le dan una moneda. Ellas son parte de las que hacen algo por cambiar a México. Se necesitan más personas así.

Llego a mi casa y espero en la sala a que sea hora para irme a la escuela. Decidí que no vale la pena dormir una hora. Cuando es tiempo, subo por la mochila y me despido de mi hermana. Le digo que, cuando terminen sus clases, se quede en la entrada de la secundaria y no se mueva de ahí hasta que yo llegue. Ella asiente y me voy.

Camino por la calle hasta la estación de autobuses. No dejo de pensar en mi hermana y que tendrá que llegar sola a la escuela. Me preocupa bastante que le pase algo malo en el trayecto. Odio que la vida en la Ciudad de México tenga que ser así, que existan personas a las que sólo les preocupa ganar dinero a costa del sufrimiento de otros. Es algo que concierne a toda la sociedad y no únicamente al gobierno. Si la gente ve las noticias esperando que digan que el gobierno resolvió todos los problemas, nunca se resolverán. Si no nos unimos y trabajamos juntos por mover la economía e impedir que los niños dejen la escuela o tengan padres delincuentes, entre otras cosas, todo será igual.

Al subir al camión, compruebo que la gente no está educada para ayudar. Al menos cinco ancianos van de pie; la mayoría de los que van sentados son jóvenes y ninguno cede el asiento. Incluso cuando un asiento queda vacío, un hombre que no pasa de los treinta se sienta, sin importarle dejarle el lugar a alguien que lo necesita más. Pero, ¿por qué los señores no se quejan? ¿Por qué se quedan con-

formes y no hacen nada? No es culparlos a ellos, claro que en un principio alguien debería darles el asiento, pero si ellos no exigen y marcan la diferencia, no se logrará nada.

Podría decirle a alguien que se ponga de pie y ceda el asiento, sin embargo, prefiero quedarme callado y no conseguir problemas. Lamentablemente, las personas defienden sus malas acciones. Supongo que por esto los señores no dicen nada.

Llego a la escuela y camino hacia el salón de matemáticas. Son las dos de la tarde y el sol me lastima los ojos. Ya hay una gran fila para entregar los proyectos. Como es de esperarse, van llegando alumnos que no se forman y se meten a la fila con sus amigos. Para mí no habría ningún problema si las personas que no se forman estuvieran muy apresuradas, pero está claro que ellos sólo quieren ahorrar un poco de tiempo. No puedo evitar quejarme y les grito que no pueden meterse a la fila. Ellos simplemente me ignoran, creyendo que tienen la razón.

—Hola, Hugo —una persona atrás de mí toca mi hombro—. ¿Tan grande es la fila?

Volteo algo exaltado y veo a mi amigo Santiago. Lo saludo chocando las manos.

—Sí, son demasiados. Tardaremos por lo menos dos horas aquí —le respondo.

—¿Has notado si el profesor tarda mucho en revisar a cada uno?

—No tarda más de cinco minutos, el problema es toda la gente que se mete a la fila.

Santiago se recarga en la pared y pone su mochila en el suelo, como si se preparara para esperar por un largo tiempo. Repentinamente, se agacha y abre su mochila.

—Por cierto, te compré una entrada para la fiesta de hoy —saca un boleto de su mochila y me extiende su mano—. Irás, ¿verdad?

Un poco desconcertado, agarro el boleto y miro a Santiago. Él sonrío emocionado.

—Vaya, gracias. Pero sabes que no me gusta tomar alcohol.



—No tienes que tomar —me responde, algo burlón—. Puedes divertirte de cualquier manera, a fin de cuentas, irán varios de nuestro grupo.

—Está bien —le dije.

No pude evitar mostrarme incómodo ante la situación, ya que no me gusta ir a ese tipo de fiestas. Sin embargo, tenía demasiado tiempo libre, hasta que mi hermana saliera de la secundaria.

Y hablando de ella, mi celular suena. Al revisarlo, leo un mensaje suyo, me avisa que ya llegó a la secundaria. Al fin puedo estar tranquilo el resto del día.

El tiempo pasa lentamente. Como lo predije, casi dos horas después, es mi turno de entrar al salón. Abro la puerta y saludo al maestro. Él me ve, inexpresivo. Toma su taza de café entre las manos y da un sorbo. Noto el cansancio en su mirada, de igual manera, espero que él note el mío.

Me quedo de pie, esperando a que el profesor termine de revisar mi trabajo. Mientras lo hace, puedo notar una cara de satisfacción en su rostro.

—Este trabajo es uno de los mejores que he visto, Hugo. No tienes ningún error en la parte teórica ni en la práctica. Aunque sacas nueve promediando todo, te pondré diez en la calificación semestral.

Le agradezco por todo y salgo del salón. ¡No puedo contener mi felicidad! Valió la pena desvelarse para impresionarlo. Esto me motiva a seguir estudiando y tener un mejor futuro, no sólo para mí, también para todos los que me rodean.

Espero hasta que Santiago sale del salón. Tarda poco menos de seis minutos. Él ha sacado nueve, pero lo veo satisfecho. Me dice que tenemos que esperar a varios amigos en la entrada, para ir todos juntos a la fiesta. Sinceramente, sigo sin tener ganas de ir, pero me veré demasiado amargado si no voy.

Conforme pasa el tiempo, van llegando nuestros amigos de dejar sus trabajos. Al último llega Andrea, mi mejor amiga. Se ve bastante mal, parece que ha llorado por mucho tiempo y se muestra incómoda ante nosotros. Emprendemos el paso hacia una estación de

autobuses. Camino junto a ella y no puedo evitar preguntarle, en voz baja, si se encuentra bien. Es honesta y me dice que no, pero no quiere contarme nada en este momento. La veo demasiado decaída; sea lo que sea que haya pasado, debió de ser horrible.

Cuando estamos en el camión, todos vamos sentados. Santiago dice que el lugar de la fiesta está un poco lejos y llegaremos por lo menos en media hora. La mayoría nos molestamos por esto, solamente él sabe a dónde vamos y, cuando regresemos, podríamos perdernos si no vamos todos juntos.

Andrea va sentada conmigo. El sueño es insoportable, así que mejor duermo. Le digo a Andrea que me despierte cuando lleguemos; ella asiente sin voltear a verme. Me acomodo en el asiento y cierro los ojos. En muy poco tiempo me sumerjo en mis sueños.

Cuando Andrea me despierta, me siento muy débil, peor que antes. Me cuesta mucho trabajo levantarme del asiento, incluso casi me caigo al bajar del camión.

Mientras caminamos, un amigo propone comprar latas de cerveza en una tienda. Todos están de acuerdo, pero yo digo que no tomaré nada de alcohol. Santiago dice que los organizadores de la fiesta quieren ver a todos tomando y que no tengo otra opción. Enojado, le recuerdo que él dijo que podía venir y no tomar nada. ¡Entonces Santiago me mintió! Él sabía eso y no me lo dijo hasta ahora, pero no dejaré que ellos me incentiven a tomar alcohol.

De nuevo, digo que, pase lo que pase, no voy a tomar y que ellos compren lo que quieran. Algunos me ven con desprecio, pero no me importa, yo no voy a cometer un delito. Si un policía los ve ebrios, ¿qué harán?

Desde afuera de la tienda, veo cómo el vendedor no quiere venderles las cervezas. Se muestra tímido ante la situación. Mis amigos logran convencerlo y él rápidamente les entrega las cervezas y toma el dinero. Pensé que el señor no lo haría. Otro problema de la Ciudad de México es que los jóvenes consumen alcohol a temprana edad y pueden conseguirlo fácilmente. Los comerciantes no deberían venderles, pero lo hacen, no sé si para ganar dinero o porque





quieren ser buenos con ellos. Aunque los jóvenes saben que es un delito, lo hacen, creen que es muy fácil conseguir todo lo que quieren. El alcohol no sólo es malo para su salud, también provoca que en un futuro sean adictos y provoquen accidentes de tránsito o ataquen a gente sin razón alguna. Aunque se hable a los estudiantes sobre los riesgos de las adicciones, ellos terminan probando las bebidas alcohólicas. Pienso que también es culpa de los padres, ya que algunos los dejan seguir saliendo a fiestas aun cuando ya han llegado ebrios a su casa en ocasiones anteriores.

Todos salen de la tienda y me ven. Santiago trae en una mano una botella vacía de cerveza y un refresco de manzana en la otra. Me da las dos cosas.

—Ten, sirve el refresco en la botella de cerveza. Así pensarán que estás tomando alcohol.

Agarro las botellas y le agradezco. Él asiente, se da la vuelta y sigue caminando hacia la fiesta. Me resulta embarazoso el hacer el cambio de botellas en plena vía pública, lo bueno es que la calle se halla despejada a esta hora. Cuando termino, guardo la botella ahora llena con refresco de manzana en mi mochila. Tiro el envase del refresco en un bote de basura de un parque.

Arribamos al salón donde es la fiesta. En la entrada, hay dos muchachos que revisan las mochilas y recogen los boletos. Uno por uno, vamos entrando al salón, nadie tiene problemas para pasar.

Hay un gran pasillo que llega finalmente al salón, pero antes de recorrerlo tenemos que dejar nuestras mochilas en la paquetería. Me preocupo por esto, no quiero que me roben nada y comienzo a reflexionar si es mejor dejar mi celular en la mochila o traerlo conmigo en todo momento. Decidí traerlo en mi pantalón.

Observo el espectáculo que está ante mis ojos. La mayoría del aposito permanece en la penumbra. De no ser por las luces de colores que salen de unas esferas de cristal, todo el lugar estaría oscuro.

En todo momento me quedo con Andrea y los demás, no quiero que le suceda algo malo. Mientras ellos bailan, yo permanezco de

pie, sin hacer nada, excepto por beber el refresco de manzana. La cabeza comienza a dolerme, supongo que es por el hedor a marihuana, cigarro y vómito que atiborra al sitio. Visualizo que hay un pequeño jardín afuera del salón, por lo que le digo a Andrea que iré a respirar aire fresco.

En mi caminata al jardín, puedo analizar más lo que ocurre en la fiesta. Veo a jóvenes ingiriendo cocaína, fumando tabaco o marihuana, tomando alcohol. Incluso veo a una adolescente metiendo un cuadro en su boca, supongo que es LSD. Me quedo estupefacto. Es increíble lo que hacen los adolescentes para divertirse, hasta llego a sentirme bien de no consumir estas sustancias. No sería extraño que varios de ellos terminen siendo adictos y no tengan buen futuro. El problema, como he dicho antes, es que afectan a buenas personas, las cuales no tienen nada que ver con sus problemas, pero tienen la desgracia de estar cerca de ellos.

Al salir, prendo mi celular. Ya son las cinco y media. No quiero volver a entrar, me es repulsivo ver todo eso. Me quedo un momento sentado en una pequeña banca, revisando las redes sociales. Me vuelvo a encontrar con noticias de los secuestros en el metro; al parecer hallaron el cadáver de una señorita que había desaparecido hace una semana en una estación de la línea siete. En el reporte adjuntaron un vídeo sobre la familia; entrevistaron a la mamá. Ella está llorando, dice que su hija era muy responsable y luchaba por salir adelante, que no merecía que le pasara algo así. Se me rompe el corazón y siento un nudo en la garganta al ver a esa madre tan destrozada por culpa de la inseguridad en la Ciudad de México.

Lo que creí que sería un rato en el jardín se convierte en una hora. Ya son las seis y media. No parece que la fiesta vaya a acabar muy pronto, pero ya casi me iré por mi hermana a la secundaria. Veo a Andrea salir del recinto y acercarse a mí. Sin mirarla demasiado, noto que está borracha. Se acerca a la banca.

—¿Me puedo sentar? —dice cuando ya se ha sentado.

—Claro, ¿por qué no?



Se acuesta sobre mis piernas. De inmediato comienza a llorar. No sé cómo reaccionar a esto, solamente me quedo perplejo. Ella abre la boca e intenta hablar.

—Tengo que decirte algo. Tuve una discusión con Daniel —su novio—... Él me convenció de hacerlo; yo no estaba segura y no quería, pero lo hicimos. Me di cuenta de que tenía un retraso, compré una prueba de embarazo y salió positiva. ¡No sé qué hacer, Hugo!

Ella se da cuenta de que me quedé helado ante sus palabras. Yo tampoco sé que debería hacer. Sólo se me ocurre decirle una cosa.

—¿No usaron protección?

Ella ríe irónicamente y eructa. Su aliento a alcohol y cigarro me llegan a la nariz. Evito hacer muecas de asco, no quiero que se ofenda.

—No, todo sucedió muy rápido y él no traía preservativos. Le sugerí que fuera a la farmacia a comprar, sin embargo, no lo hizo. Al día siguiente, yo no compré pastillas, no lo creía necesario, ya que pensé que él tuvo cuidado. Somos idiotas...

Me guardo mis pensamientos. Es inverosímil. Nosotros hemos tenido una buena y completa educación sexual desde la secundaria y aun así existen los embarazos no planeados, que terminan por estropearnos los planes de vida. En otros estados, lamentablemente, quienes viven en pueblos remotos no tienen acceso a la información actual, no poseen el conocimiento sobre métodos anticonceptivos y de planificación familiar, lo cual deriva en que tengan familias numerosas. Es deplorable que los adolescentes desaprovechen la educación sexual, cuando hasta en los centros de salud dan preservativos gratis. Es culpa de ellos mismos y de nadie más; el gobierno hace su parte, pero ellos no lo valoran. Si razonaran bien y planearan el momento, disminuiría el número de embarazos no deseados.

Andrea se incorpora y me mira. Al ver que no respondo, sigue hablando.

—Cuando se lo conté, Daniel comenzó a gritar e insultarme; dijo que debí protegerme —se limpia la nariz y sigue hablando—.

Yo le dije que este bebé era responsabilidad de los dos y juntos teníamos que solucionarlo, pero él me dio una bofetada y me echó de su casa. Todo esto pasó en la mañana.

—¿Tú ya pensaste si quieres tener al bebé? —le digo con tranquilidad.

—Aún no lo sé, Hugo. Tengo que discutirlo con él cuando se calme la situación. Sin embargo, tengo la sospecha de que Daniel se alejará de mí y me abandonará. Si es así, yo lo resolveré.

Está a punto de llorar otra vez. Me acerco y la abrazo. Se reclina en mi hombro y sigue llorando. Pasa el tiempo. Nos quedamos en esa postura hasta que veo que Santiago, desesperado, me hace señas desde adentro del salón para que vaya con él. Le digo a Andrea y ella se levanta conmigo.

Antes de que entremos por completo, pierdo de vista a Santiago y advierto que la gente adentro del salón está encolerizada y corriendo hacia la salida. Por alguna razón, siento que debo proteger a Andrea y aprieto su mano fuertemente. Santiago nos ubica de nuevo y corre hacia nosotros.

—¡Vámonos de aquí! ¡Dicen que un vecino llamó a la policía y ya vienen para acá! —nos grita, mientras nos jala con fuerza.

Corremos al lugar donde dejamos nuestras mochilas, pero la gente ha hecho un alboroto y nadie puede pasar. Algunos toman sus mochilas y corren cuando se las entregan; otros quieren acercarse lo más pronto posible a la paquetería.

Varios de nuestros amigos ya están agarrando sus mochilas; llevan entre ellas las de Santiago, Andrea y la mía. Nos las dan. Entonces empujamos a la gente que nos impide pasar y nos disponemos a huir del lugar. Recibo pisadas, patadas y golpes. Por poco aplastan a Andrea, pero logramos salir y nos reunimos con los demás.

Corremos en dirección a la calle por donde pasa el camión que nos lleva de regreso a la escuela. Correr con las mochilas puestas es complicado. A lo lejos escucho las sirenas de las patrullas. Cada vez se acercan más. Andrea voltea a verme con preocupación y nos





apresuramos aún más. Giro la cabeza, ya recorrimos unas cuatro cuadras, pero percibo las luces rojas y azules de las patrullas. Les grito a todos que corran más rápido. Ellos hacen lo posible para lograrlo y nos alejamos. Algunos se tropiezan y casi caen al piso por los efectos del alcohol, pero su miedo es grande y siguen corriendo.

Finalmente, llegamos a la calle y tenemos la suerte de que el autobús está pasando. Lo detenemos y todos subimos velozmente. Cada quien paga su pasaje y nos sentamos. Hemos ocupado todos los asientos que estaban disponibles. Observo a mi alrededor. Estamos sudando y tratando de recobrar la respiración. Los pasajeros que ya estaban antes nos miran con desconfianza.

Nuestro trayecto hacia la escuela va normal. El camión ha quedado algo vacío, como máximo queda la mitad de los que estaban hace quince minutos. El camión se detiene y un hombre con gorra sube por la puerta de enfrente. Escucho pasos detrás y veo que otro señor, también con una gorra puesta, ha subido al camión.

Por instinto, temo que nos van a asaltar. Mientras abro la mochila para tomar mi cartera, la cual no tiene cierre, el hombre de enfrente comienza a gritar.

—¡Al que se mueva le damos un balazo! —Saca un arma y apunta a un pasajero— ¡Todos, teléfono y cartera a la mano!

Logro mi hazaña: volteé la cartera adentro de la mochila. Escucho el leve sonido de varias monedas cayendo en ella. Es la primera vez que me asaltan, estoy muy nervioso y no sé qué hacer. Pensaba quedarme con el celular y sólo darles la cartera, pero será mejor darles lo que piden para que no me lastimen.

Veo a Andrea, ella se muestra tranquila y no parece sorprendida. Ya me había contado que la habían asaltado como cinco veces, pero no creí que pudiera manejar la situación de tal forma.

El hombre que subió por atrás pasa a nuestro asiento. Le entrego mi celular y mi cartera, sin verlo; no quiero que se enoje por verlo enojado. En mi cartera van dos billetes con denominación de cien pesos, al menos no es mucho dinero. Andrea hace lo mismo, tampoco ve al ladrón y mantiene la cabeza gacha.

El atraco duró poco tiempo. Nadie salió herido y los ladrones bajaron del camión. El chofer conduce y algunos de los pasajeros siguen temblando de miedo.

—Algún día pagarán por lo que hicieron —dice Andrea, molesta—. Irán a la cárcel y cuando salgan espero que no vuelvan a cometer un crimen. Si tienen hijos, espero que no les enseñen el mal camino.

Asiento y le toco el hombro en señal de apoyo. Espero que sea así. Reviso mi mochila para contar las monedas que logré esconder. Todas juntas suman setenta y cuatro pesos, más de lo suficiente para pagar el transporte. Me siento satisfecho de haber logrado guardar este dinero, así no tendré ningún problema para regresar por mi hermana e ir a la casa.

Cuando llegamos a la escuela, no sé qué hora es. Santiago, Andrea y los demás parecen muy embriagados. No quiero dejar que se vayan solos a sus casas, pero tampoco puedo responsabilizarme de llevarlos; ellos decidieron tomar alcohol y yo no tengo la culpa.

Afortunadamente, Santiago y Andrea viven cerca, así que se irán juntos y Andrea no tendrá que irse sola durante todo su trayecto. En el caso de los demás, esperarán a que pasen los efectos del alcohol o vendrán por ellos en coche. Me despido de todos y les digo que me avisen cuando lleguen a sus casas. Puedo irme tranquilo, aunque tengo la inseguridad de que puede pasarles algo malo.

Me subo a otro autobús, es necesario tomarlo para ir al metro, en el que todavía recorreré cuatro estaciones. La secundaria queda mucho más lejos de mi casa que la preparatoria. Tengo miedo de que otra vez suban a robar en el camión. Me preocupa quedar con la sensación de que pueden asaltarme en cualquier momento, pero en la ciudad siempre tienes que tener cuidado. Al bajar del autobús, tengo que caminar seis cuadras hasta el metro.

En la estación del metro distingo la situación que se vive actualmente; varias mujeres caminan rápido, temerosas. De alguna manera, puedo sentir su miedo constante de que alguien las está





siguiendo. ¿Qué tan lacerante es vivir con ese miedo? El hecho de que al despedirse y salir de casa puede ser la última vez que veas a un familiar con vida o que ellos te vean con vida, es demasiado inquietante. ¿Por qué la sociedad no se inmuta al ver las noticias o leer el periódico, donde hay fotos horripilantes de asesinatos? ¿Por qué lo ven como algo normal? Incluso los niños ven esas fotos y crecen con la idea de que es común que suceda esto y todo se repite en el futuro, sin que el problema de la violencia pueda solucionarse.

Fuera de lo habitual, el transporte no va saturado. Durante el viaje, me percaté de que ya casi son las nueve al ver el reloj de un señor. Aunque voy tarde, Sara tiene que esperarme afuera de la secundaria, claramente le dije que no debe moverse de ahí.

Al llegar a la estación y abrirse las puertas, salgo caminando rápido. Como no hay mucha gente, tengo gran espacio para correr sin golpear a nadie. Las escaleras al exterior están sumergidas en la oscuridad, lo cual me pone en estado de alarma, pero llego a la calle sin ningún problema.

Desde la distancia, noto a los alumnos caminando junto con sus padres, alejándose de la secundaria. Parece que no he llegado tan tarde.

Sara está de pie cerca de la puerta de la escuela. Al verme, camina hacia mí y me abraza. Por alguna razón, su abrazo me transmite mucha tranquilidad y armonía; siento la necesidad de abrazarla más fuerte. Nos quedamos así por unos segundos, hasta que ella me suelta y me dice que vayamos a casa.

Caminamos y yo la sujeto fuertemente con la mano. Me cuenta que tuvo un gran día, porque su examen de química le resultó muy fácil y su mejor amiga la invitó a su fiesta de quince años. Realmente la veo muy contenta, sus gestos me contagian alegría. Muy pronto, ella entrará a la preparatoria y ha dicho que quiere ir en mi escuela. Espero que así sea; si queda en el turno vespertino, sería muy fácil ir y regresar junto con ella.

Las calles están muy vacías. De no ser por los estudiantes de la secundaria, podría decir que no habría nada de gente caminando.

Al bajar al metro, le digo a Sara que nos apresuremos, para que no pase nada malo. Entramos sin ningún problema.

El metro viene aún más vacío que antes. En nuestro vagón sólo hay doce personas, contándonos a nosotros. Cuando bajamos, solamente quedan cinco dentro.

Antes de salir para abordar el autobús, Sara ve su celular y me dice que son las nueve y media. En la calle, no veo a ninguna persona caminando; creo que Sara y yo somos los únicos que están ahí a esa hora.

En la siguiente cuadra, visualizo que hay un señor de pie, recargado en un muro y tecleando en su celular. Por un momento, parece que nos ve, pero baja la cabeza y sigue tecleando en su celular.

Mientras nos acercamos más a él, empiezo a sospechar que algo muy malo está a punto de ocurrir. Bajo la mirada al piso, aparte de la sombra de mi hermana y la mía, distingo detrás de nosotros otra sombra, de alguien que se acerca. El hombre que estaba en el muro se desencorva y camina hacia nosotros. Comienzo a temblar de pánico, mi hermana lo nota y aprieta mi mano más fuerte.

Experimento un gran impulso por proteger a mi hermana, la tomo con más fuerza y dirijo un golpe a la cabeza del hombre que tengo delante. Él no logra esquivarlo y se tambalea, por poco cae al suelo. Le grito a Sara que corra y pida ayuda, pero ella se queda de pie, completamente asustada, sin poder moverse.

Giro para confrontar al otro hombre. Sostiene un cuchillo pequeño en la mano. No se me ocurre nada para enfrentarlo, no podré hacer nada ante cualquier arma. Sin embargo, no dejaré que lastimen a mi hermana, así que intento darle una patada al hombre. Fallo en el intento y él me avienta contra el suelo. Ahí me quedo, retorciéndome por el dolor.

Sara grita de una manera que no olvidaré nunca, cualquiera podría sentir su terror al oír sus gritos. El hombre que golpeé somete a Sara y le tapa la boca, le dice que se calle y camine hacia una camioneta, si no lo hace, me matarán.





Ella lo hace, sin defenderse. Yo me levanto lo más rápido que puedo y de nuevo intento golpear al otro hombre, sin éxito. Él me sujeta por detrás y clava su cuchillo en mi espalda. Caigo al piso, tratando de soportar el dolor. Sara vuelve a gritar, en ese momento escucho el ensordecedor ruido de una alarma, creo que es una de las alarmas vecinales que tienen algunas colonias.

Trato de levantarme otra vez, pero no puedo, ni siquiera logro sentir mis piernas. Me quedo en el suelo sin tener la oportunidad de salvar a mi hermana. Estoy obligado a ver cómo la suben a esa camioneta contra su voluntad. Los hombres entran rápido y huyen del lugar. Mi vista se nubla. En la otra calle, un señor ha salido de su casa y al verme corre hacia mí, pero mis ojos se cierran involuntariamente. Pienso que voy a morir sin justificación alguna. Ahora, mis padres han perdido a sus dos hijos. ¿Cómo soportarán el dolor de tener un hijo muerto y una hija desaparecida, sin saber lo que le pasó? Sólo espero que haya justicia para mi hermana, para mí y para todas las víctimas de homicidios a quienes injustamente les arrebataron la vida.

Cuando desperté, los rayos del sol penetraban las ventanas e iluminaban el cuarto, dándome una sensación de tranquilidad. Mi madre estaba sentada y recargada en mi cama, durmiendo plácidamente. De inmediato recordé todo lo que pasó, pero no podía asimilarlo, no quería que mi madre me diera malas noticias. Una enfermera me vio desde afuera y llamó a un médico, el cual entró al cuarto y despertó a mi madre. En ese momento me enteré de que quedé parapléjico por culpa de la puñalada en la espalda. No sabía cómo sentirme al respecto, únicamente quería que mi hermana estuviera con nosotros.

Mi mamá estaba inconsolable, parecía que su llanto no tendría fin. Después de que el médico salió, ella me dijo que el paradero de mi hermana era desconocido, que un policía vendría a hablar conmigo para contarle todo lo que pasó. Yo quería morirme, no dejaba de pensar en las posibles atrocidades por las que estaba pasando Sara. Aunque le dije al policía todo lo que

recordaba, la investigación no avanzaba y mi hermana seguía desaparecida.

Me sentía culpable, no encontraba motivos para seguir viviendo si cada día mi felicidad se apagaba más. No dejaba de pensar en que era un inútil, en que era un estorbo postrado en una silla de ruedas. Con el tiempo, comprendí que yo no era el causante de nada, por alguna razón seguía vivo y tenía que aprovechar esa nueva oportunidad sin importar mi situación. No quería que el caso de mi hermana se olvidara nunca, quería alzar la voz para pedir justicia por todas las víctimas de la violencia en la Ciudad de México. Soñaba con una ciudad en la cual todos se ayudaran entre sí, donde no existiera la discriminación entre sus habitantes, que las personas pudieran salir a la calle a la hora que sea sin riesgo de ser víctimas de la violencia. Quería lograr todo esto y me esforzaría lo mejor posible para alcanzarlo.

Encontré la motivación para seguir estudiando, lo que me llevó a estudiar lengua y literatura. No fue un gran problema. La mayor parte de la carrera la estudié en línea a causa de mi condición; algunas veces tuve que ir a la escuela para realizar exámenes o asistir a asesorías. En esos casos, mi mamá me ayudaba llevándome. Ella encontró la fuerza para seguir adelante y me apoyó mucho. Mi padre seguía en Estados Unidos, solamente una vez vino a visitarnos después de lo que pasó con mi hermana. Él también me dio ánimos. Los tres aprendimos a sobrellevar la situación, porque algo tan grave como eso no se supera ni se olvida nunca.

En otra cuestión, el novio de Andrea se fue de la ciudad. Ella decidió que su hijo naciera. No tuvo ningún problema en el momento del parto. Andrea demostró ser capaz de enmendar su descuido, logró terminar una carrera y está posicionada en un buen trabajo. Lamentablemente, su hijo tiene asma, pero poco a poco el niño se está recuperando y los dos son felices. Es un buen hijo, se esfuerza en la escuela y ayuda a su mamá con lo que le es posible. No tengo dudas de que en un futuro será una gran persona.

Logré arreglar mi vida. Aprendí a vivir con mi discapacidad, me mostré a mí mismo que era fuerte y capaz. Desde mi casa trabajaba





redactando documentos o editando libros. Un tiempo después, me atreví a escribir un libro. Decidí plasmar en mi obra la situación de México, esperando que los lectores reflexionaran sobre el país en el que viven e invitándolos a siempre informarse sobre lo que pasa en él, para dar su opinión al respecto. En mi libro incluí casos de violencia en la Ciudad de México.

Cuando lo publiqué, varios noticieros y blogs en Internet empezaron a recomendarlo. Las ventas fueron abundantes, lo cual convenció a mi editorial de que yo hacía buenos trabajos, pero eso no me importaba, yo quería cambiar la mentalidad de la población. Las críticas de periodistas y personas famosas decían que mi texto era bastante reflexivo y que era un libro que debía leer toda la población para mejorar la Ciudad de México.

Como era de esperarse, me llegaron solicitudes para entrevistas. En una di a entender que mi intención con el libro era lograr un mejor país y no ganar dinero, quería que las personas me vieran como un ejemplo a seguir. Doné parte de las ganancias por las ventas a fundaciones, yo me quedé sólo con el dinero necesario para vivir.

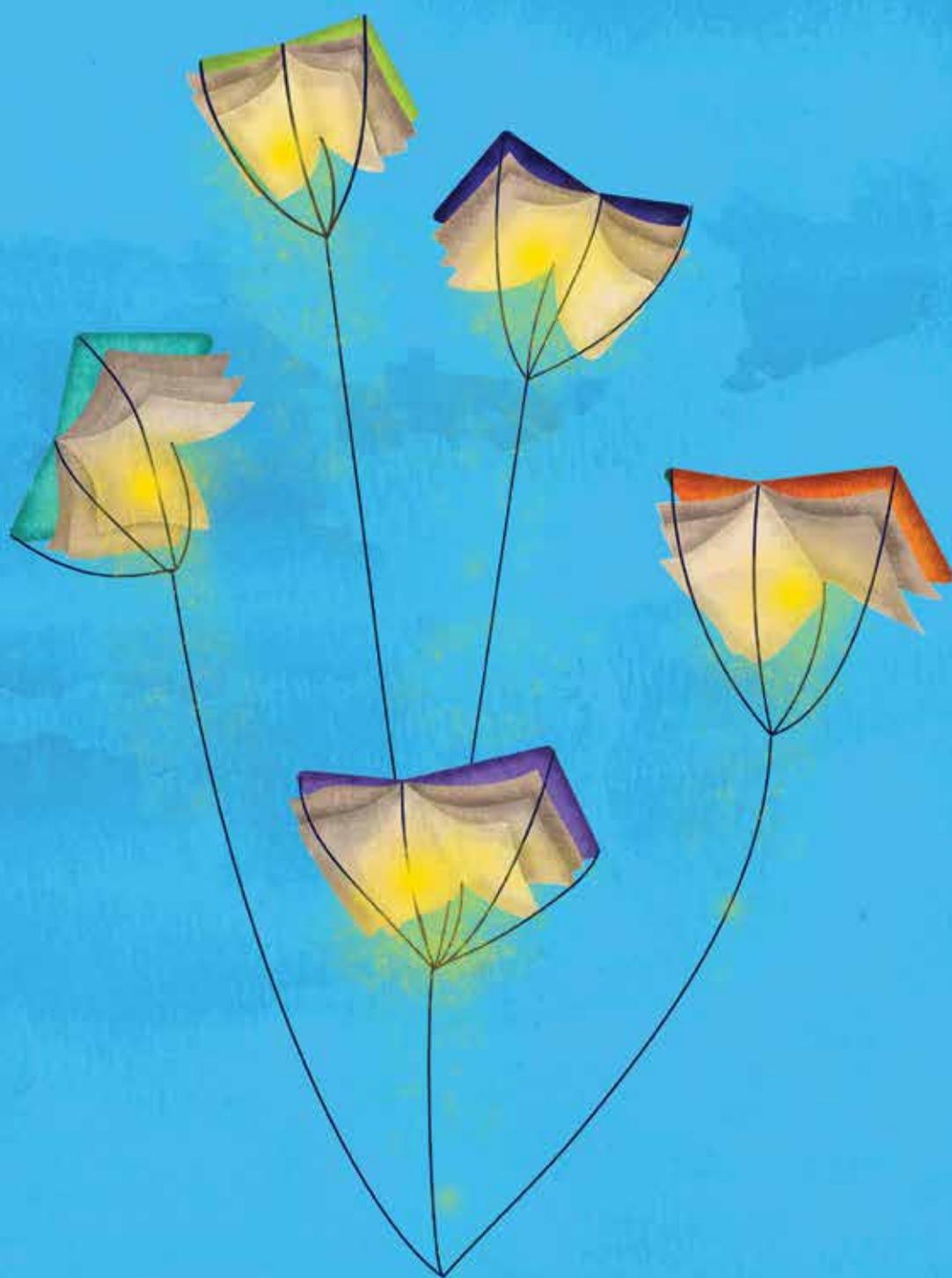
Seguí escribiendo y las ventas eran cada vez mejores con mis nuevos trabajos. Gracias a esto pude crear mi propia fundación, la cual decidí llamar “Todos somos un todo”, en alusión a que la totalidad de los habitantes forman a la Ciudad de México. Todos somos ella y, si alguien comete un error, provoca una desestabilización, ese “todo” se ve amenazado y provoca un desequilibrio en la sociedad que será difícil de restaurar.

Mi fundación tenía por objetivo ayudar a cualquier persona que lo necesitara. Tuviera el problema que fuera, esa persona recibiría ayuda y se le invitaría a que en algún momento devolviera el favor ayudando a otros. Quería fomentar la ayuda entre las personas, ya que nunca debe abandonarse a alguien que pide apoyo. Me alegró ver que muchas personas trabajaban de voluntarias haciendo diversas actividades, como donar ropa y comida a gente necesitada o recoger basura en las calles; cualquier acción que hicieran se agradecía y cambiaría el rumbo de la ciudad.

Han pasado cerca de 20 años desde que secuestraron a mi hermana y no sabemos nada de ella. Hay días en los que tengo una tristeza enorme por recordarla e imaginar cómo se vería actualmente si estuviera con nosotros. Para mí, no deja de ser enloquecedor el no saber si ella aún se encuentra con vida, no saber qué le ha pasado y dónde está. Me tranquiliza imaginar que está viva y se encuentra bien, que de alguna manera escapó de sus raptos y vive serenamente, aunque tal vez no puede regresar a casa. Las probabilidades son pocas, pero nunca perderé la esperanza de verla de nuevo. Mientras tanto, intento cambiar la situación de la ciudad en honor a ella y a todas las personas perjudicadas por la delincuencia.

Hoy estoy en un evento que realicé junto con mi equipo de trabajo, para apoyar a jóvenes talentosos sin recursos económicos para instruirse en la universidad. Sigo pensando que ellos son parte del buen futuro para la Ciudad de México, por eso siempre hay que darles nuestra ayuda para que logren sus objetivos. Con la creación de nuevas carreras y la implementación de nuevas tecnologías, el rumbo de la ciudad cambiará drásticamente y se mejorarán las condiciones de vida de las personas.

A lo largo de todo este tiempo he contemplado cómo han bajado los índices de pobreza y violencia en la ciudad. Mi satisfacción por esto es inmensa, realmente se notan los cambios y hay que seguir trabajando para que sean más grandes. No dudo de que un buen futuro está asegurado para esta gran ciudad, todo depende de la unión entre las personas y la enseñanza de valores desde casa. Por mí parte, seguiré trabajando para enriquecer a la ciudad y seguiré influyendo a otras personas para que también trabajen con nosotros. He hecho lo que puedo para cambiar a la ciudad, ahora llamo a toda la población para que trabajemos juntos y hagamos de la Ciudad de México el mejor lugar para vivir del mundo. Sé que es posible, pero realmente se necesita la ayuda de todos para lograrlo: haz tu parte y cambia tu futuro.



Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 13º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2019 en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, Ciudad de México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ricardo Raúl Benítez Estrada, técnico especializado "C". El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 12 puntos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Georgina y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 5 de octubre de 2020.



Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, 14386, Ciudad de México
Teléfono: 54 83 38 00
www.iecm.mx